

CRÓNICAS DE UN INDIANO VIAJERO.

Por: David Roll.

ÍNDICE

DEDICATORIA

PRÓLOGO: POR ENRIQUE SERRANO.

PRESENTACIÓN POR EL AUTOR DEL INDIANO VIAJERO Y DE SUS CRÓNICAS.

I. CRÓNICA DE UN INDIANO EN MADRID.

* DE LAS VENTURAS Y DESVENTURAS DE UN ABOGADO DE PROVINCIA EN VIAJE DE ESTUDIOS A LA MADRE PATRIA.

II. LOS INDIANOS VIAJEROS EN EUROPA.

* DEL ARTE DE VIVIR COMO POBRE PARA VIAJAR COMO RICO.

III. EL INDIANO EN MARRUECOS.

* DE CÓMO SE RECONOCE EL INDIANO DESCENDIENTE DE FENICIOS.

IV. EL INDIANO DE MADRID VISITA A SUS HOMÓLOGOS EN LA CIUDAD LUZ.

* DE POR QUÉ NUHAY NADA COMO VIVIR EN PARIS.

V. EL INDIANO ENTRE BEDUINOS Y PALESTINOS.

* DE CÓMO EL INDIANO ENCUENTRA EN UN DESIERTO LA CLAVE TEÓRICA PARA UN PROBLEMA, VUELA EN GLOBO POR EL DESIERTO Y SE VUELVE MENOS SIONISTA QUE ANTES.

VI. LA FAMILIA DEL INDIANO LLEGA A MADRID.

* DEL VERDADERO REENCUENTRO DE DOS MUNDOS QUINIENTOS AÑOS DESPUÉS.

VII. EL INDIANO EN PALESTINA, VÍA ROMA.

* DE CÓMO ES ROMA LA QUE BIEN VALE UNA MISA Y JERUSALÉN UN DESVARÍO.

VIII. EL INDIANO VIAJA A SU TIERRA NATAL.

* DE CÓMO UNAS VACACIONES EN CASA PUEDEN TRASTORNAR A CUALQUIERA.

IX. EL INDIANO OCCIDENTAL EN LAS INDIAS ORIENTALES.

* DE ELEFANTES, SANTONES, TEMPLOS ERÓTICOS Y DIOSAS VIVIENTES. EL VIAJE DEL INDIANO AL MUNDO DE KIPLING.

X. EL INDIANO EN "AMÉRICA".

* DE LAS TRANSFORMACIONES DEL INDIANO EN EL PAÍS DE LAS HAMBURGUESAS.

XI. EL INDIANO DA LA VUELTA AL MUNDO, COMENZANDO POR MADRID.

* DE LAS PERIPECIAS DEL PASPARTU LATINOAMERICANO Y DE LOS SANTOS MOTIVOS DE SU FUGAZ CIRCUNNAVEGACIÓN AÉREA ALREDEDOR DEL PLANETA.

XII. EL INDIANO QUE RETORNA.

* DE LAS CONSECUENCIAS DE HACER CASO AL LLAMADO DE LA SELVA.

DEDICO ESTE LIBRO A:

Al Emir de Túnez, quien encargó a Ibn Batuta su largo viaje a través del Islam.

Al arzobispo de San Juan de Arce, quien avaló la aventura de la familia Polo a Catay y Cipango.

A Enrique El Navegante, quien nunca se movió de Sagres, pero patrocinó a los más soñadores viajeros.

A Joseph Roll y Emilio Cañil, modernos emires de la mediana empresa a una y otra orilla del Atlántico, quienes hicieron posibles los estudios del indiano en Madrid.

Al poeta Cobo Borda, quien dio lugar a la publicación de la primera crónica del indiano.

A los funcionarios del Estado Español, que toleraron mis mil solicitudes y terminaron concediéndome visas, becas, homologaciones, colegiaturas y nacionalidad.

A Lina Oliveira de Silva, lo mejor que le pudo pasar al indiano en Madrid.

Y también, ¿por qué no?:

a los jefes que no toleraron mis tardanzas,

a las compañeras que se cansaron de las ausencias,

a los que les pareció hasta indecente tanta viajadera,

a los que se oponen con sospechosa insistencia a que yo publique libros sobre viajes.

PRÓLOGO.

POR : ENRIQUE SERRANO.¹

El indiano es el español que vuelve a su tierra siglos después, en la piel de sus descendientes, y se reconoce, primero escéptico y luego asombrado. "Hacer las Europas" es, para él, una excursión mítica de retorno a los orígenes, una suerte de renacimiento y de extrañamiento, puesto que allí se encuentra, superado ya el choque cultural, con sus iguales, que, sin embargo, no lo reconocen como tal y parecen tener de él una idea exótica, desproporcionada e inculta.

El habitante medio suramericano, de origen ibérico y de acervo occidental, es un modelo relativamente amplio del "latino", cuyo espectro ha crecido inmensamente en tiempos recientes. Sus hábitos y costumbres se conformaron en el cristianismo primitivo y medieval, en los primeros siglos del Islam, en la España arabizada y en el *siglo de oro*.

Su mentalidad combina los patrones románicos de la Hispania del imperio tardío, con los deberes-y los placeres- de la conversación, el comercio y la molicie árabes y bereberes, traídos del desierto y mezclados con influjos fenicios, griegos, persas e indios. Los bárbaros visigodos supieron así de delicados encuentros de literatos y poetas, supieron de acentos y de inflexiones de la lengua de los hombres antiguos.

A veces, los nativos de la América católica se preguntan cosas sobre sí mismos, y las respuestas que se dan son múltiples y confusas. Este libro es un agradable ejemplo de una aventura en la que el autor arriesga una respuesta: esos nativos son **indianos**. Indianos son aquellos hijos de Europa que se descubren distintos de los habitantes de la metrópoli, pero parecidos, creciendo y multiplicándose en la lengua de sus conquistadores; son los que se parecen en lo universal a los europeos, pero difieren en lo particular.

Probablemente, los indianos no existan mientras están entre nosotros, y se descubren tarde como tales, generalmente en medio de la ausencia, de la

¹ Autor de "La Marca de España", "De Parte de Dios" y "Tamerland". Ganador del Premio Juan Rulfo en 1996.

distancia o del exilio. Quizás sólo unos pocos latinoamericanos alcancen la categoría de indianos, porque la desconfianza, la candidez o la ignorancia se los impidan. Pero, al pisar por largo tiempo tierras extrañas, el indiano tiende a surgir de las profundidades, recuperándose del olvido, desde una dimensión secreta.

Un caso raro dentro de su propio entorno, los indianos alcanzan la existencia repentinamente, en viaje de estudios o de aventura, por el sólo hecho de no estar en su hábitat natural, esto es, cuando acceden a otros mundos, frente a los cuales la extrañeza, la admiración y el envalentonamiento nacionalista se mezclan azarosamente. Los indianos son también los latinoamericanos vistos por otros latinoamericanos, que, de esta manera, se ven a sí mismos mirando - y tratando de comprender- a aquellos pueblos tan cercanos pero tan distantes, con los cuales no tardan, sin embargo, en hallar algo en común, y también el motivo para algún pleito.

Por eso, en más de un sentido, los indianos somos todos, aunque no conscientemente, ni todo el tiempo. Son, como diría Spinoza, un modo de nuestro ser latinoamericanos, que no es de fiarse, pero que ayuda a discernir algo de lo que hemos sido y de lo que podríamos ser.

La admiración del indiano se dirige_instintivamente hacia Europa, aun con todos los prejuicios ideológicos que ello conlleva, aprendidos en la propia metrópoli. En efecto, Europa ejerce de madre nutricia, aunque también la acusen de haber dejado a su hijo expósito. Los indianos quieren ver el mundo desde su acervo europeo, quieren abrirse a nuevas experiencias y dimensiones, pero no quieren cualquier mundo ni en cualquier orden, sino precisamente el mundo que admiran.

Quieren despojarse de sus prejuicios, pero no pueden: ellos **son** sus prejuicios. Beben en la fuente de la cultura occidental, a pesar de la sublime indiferencia con que los europeos y otros "verdaderos occidentales" los tratan. Ven a Europa como vieja y nueva al mismo tiempo, como algo prestigioso, pero decadente; como objeto ambicionable, pero inalcanzable. Sueñan con una Europa *para ellos*, que los recibiese como a hijos pródigos. Se decepcionan y, al regresar, vuelven a emocionarse frente a ese desdén. Como las bellas

mujeres, recuerdan mucho a quien no reaccionó inmediata -ni apasionadamente- ante su belleza.

Según David Roll, los ejemplares más representativos de la especie indiana desprecian y admiran -a la vez, y sin remedio- a los norteamericanos y a su cultura global, sin solución de continuidad y contradictoriamente, puesto que las diferencias entre ellos y sus presuntos "patrones" nortños no hacen más que acentuarse con el paso del tiempo. Los indianos no son, ni pueden ser, gringos, aunque anhelan la "situación" de privilegio en la que se hallan sus vecinos del norte.

Sorprendidos ante el gigantismo norteamericano, desprecian, no obstante, la ingenuidad y el candor con la que estos se ven a sí mismos y a los demás. Anhelan ser pragmáticos, como los *businessmen* norteamericanos, pero en decididas cuentas, no saben cómo serlo. En esa confrontación, más interna que externa, se desgastan sin saberlo, porque las fuerzas de sus confundidos antecesores luchan en ellos como el ángel y Jacob. Son antiyanquis, pero les gustaría también que el asunto les tuviera ¡sin cuidado!

Los indianos van bien preparados para estudiar en universidades de todas partes, en las que se destacan y no saben por qué. Se parecen a esos provicianos que imaginaron muy duro el reto de la capital, y al cabo de cierto tiempo, se dan cuenta de que, después de todo, no estaban tan mal. La vida de los indianos es apresurada, pero parte de su energía se pierde inútilmente, y su mentalidad plagada de aspiraciones se revela, sin embargo, algo nostálgica. El indiano descubre el paraíso en su tierra nativa, y se lamenta ruidosamente por no tenerlo cerca. Al día siguiente, probablemente, ya habrá olvidado el desliz del sentimiento, para continuar con envidia con su tarea.

Los indianos no dudan en abandonarlo todo por conseguir su ilusión de ver el mundo en un sentido cósmico, ¡y cómico! Y después lloran, se remuerden la conciencia, y añoran el terruño con apasionado acento. La pasión por "no estar aquí" es casi tan fuerte en su caso como la de "estar allá", en la metrópoli, viviendo, casi siempre, en condiciones por demás precarias. Se acomodan, pero no pertenecen al entorno, ni en el mundo occidental, ni fuera de él.

En cuanto al resto del mundo, los orientales se les disuelven en categorías imprecisas, religiones imprecisas y épocas no definidas. Es víctima plena del **Orientalismo** occidental. China e India figuran entre los lugares "pobres pero atractivos", de los cuales hay que volver extrañado, quizás admirado, pero sin ganas de entender del todo aquel enredo.

La hispanidad del indiano, esa heredad tan comprometedora, llega a pesarle, sin saber cómo librarse de ella. En una comparsa sin fin, vive los avatares de sus limitaciones católicas, la pereza dulce, la vocación por el alcohol y por la irresponsabilidad controlada, así como las taras derivadas del pertinaz desprecio europeo por España, sin darse cuenta del caso, como si fuera el problema de otro, y sin el desparpajo y olímpica despreocupación de los africanos o de los asiáticos.

A cambio de ello, los indianos brasileños, tan *sui generis* en sus interpretaciones del legado portugués, parecen poder con su espíritu mestizo, por ser monumentales en sus dimensiones históricas, a pesar del aislamiento en el que el país vivió sus años más decisivos. Saludando todo con una alegría provinciana, saben que, sin embargo, tienen encanto suficiente como para despertar el deseo exótico de los gigantes del mundo. Flotan en ese estado de pseudoconciencia, sin mayores remordimientos y con un innegable optimismo.

Los indianos son, pues, unos sujetos casi inverosímiles, que la dura historia del espíritu europeo ha creado, y que no saben, a ciencia cierta, administrar sus más sentidas contradicciones, pero que lo hacen, sin embargo, de modo improvisado e imperfecto, y cuya identidad puede radicar, precisamente, en el hecho eterno de buscar su identidad, sin encontrarla en absoluto, o sin sentir jamás que la han hallado.

PRESENTACIÓN POR EL AUTOR DEL INDIANO VIAJERO Y DE SUS CRÓNICAS.

Indiano llamaban al español que después de una larga permanencia en tierras hispanoamericanas retornaba a la península cargado de mil experiencias e historias por contar, y en algunas oportunidades de una cantidad significativa de dinero, por lo cual indiano e indiano rico llegaron a significar casi lo mismo en el lenguaje popular.

Con o sin dinero, ese tío, primo o vecino regresaba transformado, con una visión de la vida diferente a la de cuantos le rodeaban, asombrando incluso a sus padres y hermanos, que aislados casi siempre en su uniforme cotidianidad no habían tenido motivos para cambiar ni su forma de vivir ni su concepción del mundo.

Aunque ya se trata de la España modernizada de los noventa y el protagonista no es estrictamente un ciudadano español, el indiano de estas crónicas en el fondo es el español que vuelve a su tierra siglos después, en la piel de sus descendientes y que también se encuentra con una cultura que a la vez le es familiar y extraña. Se trata de un ciudadano de las Indias Occidentales, que tiene la oportunidad, o más bien el privilegio, de viajar a Europa por estudios, y que llega desclasado a España para vivir su personal epopeya en ese histórico reencuentro.

El indiano es entonces el prototipo de los latinoamericanos que en las últimas décadas, y gracias a una cierta democratización de la navegación aérea, asumen el reto de la globalización yéndose a realizar sus estudios de postgrado a Europa, y eligen casi siempre a Madrid.

Los indianos tienen pasión por los viajes, y en gran medida esa es la verdadera razón por la que se van a estudiar unos años a Europa, no importa qué, con tal de ir al Viejo Continente a vivir. Por ello puede verse a indianos especializándose en sistemas en Albania o en enfermedades tropicales en Islandia. Pero si logran situarse en Madrid lo consideran el ideal, salvo los afrancesados de siempre, y lo convierten en cuartel general de sus correrías.

Antes de comenzar a viajar por el resto de Europa y alrededores, o sea el mundo entero, los indianos deben afincarse en su país de adopción temporal y ello supone todo un reto. Con más picaresca española que malicia indígena, sobreviven a su nueva condición de primos raros venidos a menos, y no se marchan de regreso a sus seudosubsidiadas vidas de ultramar al primer bofetón del choque cultural. Muy por el contrario, no sólo se adaptan al entorno, sino que incluso lo transforman en alguna medida, y se convierten en parte significativa del paisaje humano en universidades, oficinas, sitios de reunión y de ocio.

El primer relato, *CRÓNICA DE UN INDIANO EN MADRID*, da cuenta en tiempo pasado de ese proceso de choque cultural y adaptación que experimenta el indiano que viaja a Madrid con el citado propósito, y todo lo que ello significó en su visión del mundo y de su propio país.

Pero el sorpresivo reencuentro del indiano con su ineludible origen étnico-cultural hispano, que le ayuda a descifrar la esencia de su identidad latinoamericana y nacional, ayuda también a que se afiance su capacidad de observación y análisis, lo que sumado a una siempre mínima base cultural propia de su medio social latinoamericano termina convirtiéndolo más en un viajero reflexivo que en un turista consumidor.

El segundo relato, *LOS INDIANOS VIAJEROS EN EUROPA*, trata ya en un tiempo más descriptivo que histórico, de las vivencias del indiano entregado a su principal oficio y obsesión, viajar. El indiano intenta descifrar esa singular idiosincrasia del emigrante por estudios que decide vivir como pobre para viajar como rico y que hace del mundo su casa, y de los grandes acontecimientos, anécdotas de su propia vida.

El tercer relato, *EL INDIANO EN MARRUECOS*, es el primer viaje del indiano al mundo oriental, sólo que paradójicamente para los españoles es más un sur cercano que un oriente próximo. Es allí donde el indiano descubre cómo el producto de tantos siglos de convivencia entre moros y cristianos ha atravesado incluso el océano y colonizado parte de su sangre. El indiano se regodea por primera vez en ese mundo musulmán lleno de detalles entrañables, cuyo ritmo vital le incita a profundas reflexiones.

Normalmente el indiano que vive en Madrid tiene como uno de sus primeros destinos obligados al tan cacareado París, y por supuesto siempre tiene un homólogo indiano amigo que vive allí, se considera un auténtico europeo y es un tanto despectivo respecto de la experiencia de los indios madrileños. El cuarto relato, EL INDIANO DE MADRID VISITA A SUS HOMÓLOGOS EN LA CIUDAD LUZ, trata justamente de descifrar la historia de ese mito que es París para los latinoamericanos y de develar como es la auténtica vida de los indios parisinos.

En el quinto relato, EL INDIANO ENTRE BEDUINOS Y PALESTINOS, por fin el indiano llega a Oriente Próximo, toma como consejero de pareja a un beduino polígamo en la mitad del desierto, se eleva como Ícaro por los cielos sin que se le derritan las alas, y se vuelve un poco menos sionista de lo que había sido desde sus lecturas de adolescencia.

Un buen día, la familia del indiano decide viajar a España para visitar al estudioso emigrado cultural y conocer Madrid, lo que para el indiano es nada menos que el verdadero reencuentro de dos mundos quinientos años después, y eso es precisamente lo que sucede en el sexto relato, LA FAMILIA DEL INDIANO LLEGA A MADRID.

Cuando por fin el indiano decide ir a Jerusalén vía Roma, como tanto se lo aconsejaron, ni se imagina lo que le espera en esa ciudad alucinante, en plena Semana Santa Cristiana, al mismo tiempo aniversario de la Intifada. En el séptimo relato, EL INDIANO EN PALESTINA, VÍA ROMA, se combinan la historia con la actualidad, la realidad con el desvarío producido por el tabaco Bahrain, así como la argucia del indiano para sobrevivir a todo ello y regresar sano, salvo y más o menos cuerdo a su cuartel general en Madrid.

El octavo relato, EL INDIANO VIAJA A SU TIERRA NATAL, es el redescubrimiento, ya con ojos de viajero, de la patria que lo vio nacer... y largarse un buen día. Es un indiano que habla de aventuras amorosas poco creíbles y que describe las cosas más simples con un absurdo lenguaje de turista nórdico en país tropical. Por este camino su voluntad de postergar el retorno se debilita considerablemente, y regresa de sus vacaciones en casa

tan cambiado como si hubiese viajado al más exótico y desconocido de los países asiáticos.

Exacerbando su pasión por lo exótico, el indiano decide por fin visitar un Oriente más al oriente, y queda fascinado por el paisaje humano que encuentra en su periplo por la India y Nepal. Así, en el noveno relato, **EL INDIANO OCCIDENTAL EN LAS INDIAS ORIENTALES**, vemos al indiano intentando comprender Calcuta desde la óptica de su origen tercemundista, tratando de empaparse de su Panteísmo religioso lejano al maniqueísmo al que está acostumbrado, y disfrutando de la magia de ese Katmandú detenido en el tiempo, con su diosa niña viviente, sus pagodas chinas y sus partidos políticos: el Sol y la Luna.

En el décimo relato, **EL INDIANO EN AMÉRICA**, el viajero hace caso al llamado de Mecano y aprovechando la devaluación del dólar vuela a Nueva York, un poco a regañadientes, pues la multiculturalidad de Europa y sus alrededores le sigue pareciendo mucho más atrayente que ese, para él, uniformizado país. Pero Nueva York no sólo destruye su prejuicio cultural sino que incluso se le antoja la quintaesencia del mundo soñado en unos pocos kilómetros, y casi elige a la singular ciudad como su próxima residencia de indiano autoexiliado.

Alentado por su visita a la pluricultural Nueva York, el indiano decide que debe dar la vuelta al mundo viajando a los orígenes de tan variados modos de vida, y se obsesiona por lograrlo antes de regresar a su tierra. En el decimoprimer relato, **EL INDIANO DA LA VUELTA AL MUNDO COMENZANDO POR MADRID**, el indiano aprovecha para despedirse de los lugares claves de su estadía en España, y toma luego un vuelo casi al azar que lo llevará a la antigua Bizancio. En Turquía se rebela contra la modernidad impuesta por una revolución secularizadora, pero al mismo tiempo comete la imprudencia de defender los lugares comunes de la moral occidental moderna, poniéndose en una difícil situación con imprevistas consecuencias.

El décimosegundo relato, **EL INDIANO QUE RETORNA, O DE LAS CONSECUENCIAS DE HACER CASO AL LLAMADO DE LA SELVA**, trata sobre la más difícil aventura del indiano: el regreso a su

tierra natal y la adaptación al mundo de lo que él se imaginaba eran buenos salvajes. El indiano ya pierde su condición de tal, es sencillamente un retornado en busca de un espacio laboral y vital, pero que sueña desesperadamente con alzar nuevamente el vuelo para hacerse un viajero eterno sin ocupación definida ni dirección postal. Finalmente supera las dificultades del aterrizaje forzoso gracias a la tenacidad adquirida en su condición de indiano, y convierte su nuevo-viejo hogar en el cuartel general de otra etapa de su pasión por los viajes, un poco más discreta, pero no por ello menos obsesiva, la que quizá llegue a merecer que algún crónico cronista se ocupe de ella más adelante.

I. CRÓNICA DE UN INDIANO EN MADRID.²

DE LAS VENTURAS Y DESVENTURAS DE UN ABOGADO DE PROVINCIA EN VIAJE DE ESTUDIOS A LA MADRE PATRIA.

Esta primera crónica no es un inventario de las peripecias que suele vivir un indiano cualquiera que viaja a Madrid. Es el relato de las venturas y desventuras que conformaron la vida cotidiana de un suramericano en viaje de estudios a la tierra de donde medio milenio atrás salieron sus ancestros de caras blancas como la cal y largas barbas, que con sus palos mágicos e hirientes forjaron a sangre y fuego sus sueños de riqueza y poder en el Nuevo Mundo.

El abogado suramericano, protagonista de la presente historia, menos armado pero también muy seguro de sí mismo, es el héroe moderno que, como sus antepasados ibéricos pero en sentido contrario, se lanzó a la conquista del desconocido continente, internándose en la selva de su burocracia, enfrentando la aparente hostilidad de algunos de los nativos, salvado por la simpatía de la mayoría y volviendo finalmente a casa con el máspreciado botín: las crónicas de viajes que aquí se ofrecen.

Esta primera crónica trata sobre la llegada misma del indiano a Madrid, ciudad que luego utilizó como cuartel general para lanzarse a la aventura viajera por el mundo ancho y ajeno, pero a la cual primero debió adaptarse, rompiendo el inevitable choque cultural de reencontrarse con sus primos, 500 años después. El relato de este primer reto del indiano viajero no es pues otra cosa que una reflexión en voz alta sobre el caricaturesco papel que representa el abogado suramericano, cuando sale de su ciudad natal hacia nada menos que otro continente, con esa imagen aumentada de sí mismo que siempre ha caracterizado a los abogados de provincia y con aquella extraña combinación de humildad y audacia que resultó de la fusión étnica de los invasores y los invadidos en el sur de América.

² Este primer capítulo fue publicado como artículo en las “Lecturas Dominicales” de El Tiempo, el 15 de mayo de 1994. Páginas 2 y 3, con el título: “Un indiano en Madrid. Abolladuras del Choque Cultural”.

No tarda el abogado suramericano en darse cuenta de que está bien lejos de parecerse a ese d'Artagnan andino que se ha creído cuando sale del moderno jumbo en el aeropuerto de Barajas, con el traje a la medida, la máquina electrónica y el maletín de diplomas, diplomitas y recomendaciones de todo tipo.

De buscar un personaje, más bien habría que pensar en aquel Eloy Gamboa de Carrasquilla en "Hace tiempos", que representa al típico campesino llegado de la vereda al pueblo y del pueblo a la ciudad, con una carta del cura y otra del alcalde, unos zapatos que le matan y un airecito de "aquí llegué yo", que le bajan al primer raponazo, junto con el reloj y la maleta.

Estaba claro a los pocos días de llegar a Madrid, que el traje le quedaba más que excesivo a un estudiante suramericano en una ciudad europea, máxime en España, donde el largo gobierno de los socialistas informalizó y casi maoizó la moda de los funcionarios públicos, incluidos muchos de los sucesores en el poder, de distinto color político. No era pues de extrañar ver a un indiano a comienzos de los noventa, llegando muy bien vestido, con traje y chaleco incluido, a la oficina del director de un importante centro de investigaciones, encontrándose al importante profesor con la corbata en la mano, quitándose el polvo de los zapatos con disimulo, y pronunciando con aire desenvuelto el nombre, con apellidos completos pero mal acentuados, de dos o tres presidentes suramericanos.

De hecho, si un indiano recién llegado quería encontrar un compañero de sangre andina en aquella enorme universidad (la Complutense), la cosa era sencilla: buscaba el riguroso traje y el cross de oro, que ya venía detrás la sonrisa bonachona, la nostalgia por la arepa (torta a base de maíz típica en algunos países andinos) y rajar juntos de los nacionales: ¡que son unos tal y cual!, ¡que si se bañan acostados o de pie!, ¡que sólo no gritan cuando susurran!, ¡que cómo es que hay bares en las universidades!, ¡que qué vicio el de beber de pie y dañar el trago comiendo!, ¿y qué coño hacéis aquí entonces, joder?", les decía en esa francota forma de ser de los castellanos, algún español que les alcanzaba a escuchar, y algunos reflexionaban ante tan elemental pregunta y se largaban. Pero luego llegaban otros con la misma cantinela, y no había manera de convencerlos de que la sagrada

ducha matutina podía ser reemplazada por un baño de inmersión, y que si para ellos era absurdo moverse de un sitio a otro durante una noche de parranda o rumba, para los marchosos españoles también era estúpido quedarse horas enteras en un solo sitio habiendo tantos en la ciudad.

No se pretende afirmar que sea fácil superar el choque cultural, pero es que muchos ni lo intentaban. Claro que tampoco era cuestión de asimilarse y andar escupiendo zetas o haciéndose el desentendido cuando te hablan de vos, como cierto argentino que quería ganarse la nacionalidad por posesión notoria y que se sonrojaba cuando le preguntaban cómo había aprendido a dejar el acento porteño, y sin darse cuenta, levantaba las cejas y contestaba: "ejte...".

Algunos se esforzaban hasta la extenuación por pronunciar la zeta y la ce al modo castellano, esto es, poniendo la punta de la lengua levemente en los dientes y expulsando minúsculas partículas de saliva. No era pues demasiado extraño encontrarse en la universidad con un compatriota, recién bajado de la ruana (capa típica de algunos campesinos andinos), que repetía por doquier que él era "un ethudiante de thienthiath políticath thuramericano", ante lo cual los estupefactos españoles terminaban convencidos de que sin duda el Quechua era una lengua harto difícil de pronunciar y un poco molesta para hablar de cerca.

El estrafalario acento se podía ir quitando con paciencia y amistosos consejos, pero persuadir a un abogado suramericano de que su traje no era indispensable para existir socialmente, resultaba más difícil que convencer a los españoles de que la ciudad de donde venían algunos indios no era aquel pueblito con un campanario y cuatro casas que aparece en las películas norteamericanas.

No obstante, el clima no entiende de etiquetas, y el elegante uniforme, diseñado para países sin estaciones, a los pocos días queda archivado bajo todos los jerseys de lana, traídos inútilmente de andinolandia, pues sus decorativos pero inmensos agujeros los hacían inservibles a la hora de enfrentar los nueve meses de invierno (y los tres de infierno) que caracterizan el clima del hemisferio norte. Bien se lo habían advertido a muchos indios en el colegio de los padres benedictinos, los monjes

autoexiliados del frío europeo. Pero qué iban a creer tal relato los indianos en plena adolescencia, cuando, acariciados por el sol de una tibia tarde en una ciudad de eterna primavera, los buenos padres les relataban inverosímiles historias de un frío que calaba hasta los huesos y congelaba el agua en las tuberías.

Pero lo peor para el elegante indiano era el verano, pues como casi toda revolución o emancipación que se respete coincide justamente con esta estación, al abogado suramericano en viaje de estudios en Madrid no le quedaba más remedio que lucir el alcanforado traje para asistir a las fiestas de independencia que, a 40 grados a la sombra, se celebran anualmente en algunas embajadas latinoamericanas. Arriesgándose a morir calcinado, el indiano se ponía su uniforme de gente bien y hacía de tripas corazón, no fuera a ser que le tomaran por un advenedizo estudiante que sólo asistió al patriótico evento para hartarse de los manjares indianos repartidos en tales reuniones.

Con la sonrisa intermitente que aprendió en los pasillos de alguna universidad privada de provincia, el indiano atravesaba por entre el gentío de paisanos comiendo a dos carrillos, e iba estrechando una que otra sudorosa mano, pidiendo excusas de cuando en cuando por no haber asistido al día de Colombia, Venezuela o Cuba en no sé qué colegio mayor o casa particular, en los que, ¡vaya mala suerte!, según ellos, se bebieron hectolitros de aguardiente o ron de caña en su ausencia. A las dos horas de chistes regionales y discursos a pleno sol, el indiano se promete a sí mismo que por nada del mundo se meterá de nuevo en semejante armadura de tela en pleno verano.

Además del riesgo de deshidratación, vestir traje en eventos de concurrencia latinoamericana tenía sus riesgos añadidos, pues no faltaba el recién llegado que con toda la buena intención tratara de "Doctor" a sus paisanos, trato excesivo que suele darse por respeto a los profesionales en varios países andinos. Los españoles presentes, ignorantes del detalle cultural y asombrados del tamaño de la colonia de médicos latinoamericanos en Madrid, no podían evitar esa debilidad de ahorrarse citas médicas, tan común a ambos lados del Atlántico, y comentaban, ante la estupefacta mirada de los indianos, sus más íntimas dolencias. Algunos

indianos despistados y ansiosos de adaptarse al medio, hacían lo propio frente a los españoles en las siguientes reuniones, ayudando con ello a consolidar esa imagen generalizada en España de que los latinoamericanos son gentes muy abiertas.

Pero sobre todo a los indianos abogados con más tiempo en el país les resultaba difícil no soltar una carcajada al recibir el tratamiento de Doctor, después de varios años de no escuchar tal apelativo y recordar la odisea burocrática por la que debieron pasar para homologar sus títulos, obtener la lotería del permiso de residencia, la dispensa de nacionalidad y la aceptación del Ilustre Colegio de Abogados para ejercer su profesión liberal.

Una vez obtenido el soñado permiso, el indiano se ajustaba su título homologado bajo el brazo y se cuadraba en la fila de los miles de "letrados" (abogados colegiados), que sólo en Madrid, y aún sabiéndose las leyes que él desconoce, están desempleados o en el mejor de los casos trabajando gratis o por un salario mínimo en algún bufete.

A algunos les tocaba ejercitar la musculatura adquirida al haber cargado durante años el Código Civil comentado, y se dedicaban a servir mesas, revolver cemento y otra serie de oficios tan dignos como agotadores. Pero otros conseguían trabajos en los que se les reconocía su formación profesional, aunque las más de las veces no por los títulos en sí mismos sino gracias a la prosopopeyica manera de expresarse de los latinoamericanos en general, que se acentúa en los estudiantes de leyes y, con mayor razón, en los que habían sido aficionados a los cafés y a las tertulias en su tierra natal. Esta "manera liante de hablar", como la definían algunos castellanos, si bien molestaba o extrañaba a muchos (y a muchas; su éxito debe circunscribirse al campo laboral), encantaba a los españoles cultos, un poco hartos del desparpajo que se había apoderado de parte de la sociedad española como subproducto no deseado de la democratización del país. Así, algunos llegaron a ejercer el derecho independientemente y con éxito, a trabajar en bufetes, en las centrales sindicales y hasta en los partidos políticos o la administración pública.

A la cariñosa y un poco envidiosilla pregunta de los amigos andinos que se quedaron trabajando en su tierra natal, normalmente resumida en un casi indiferente "¿vos qué tanto hacés por allá?", el indiano debía responder con una combinación sabia de humildad y marrullería. He aquí la fórmula. Aparte refugiados políticos y emigrados laborales, un abogado suramericano suele ir a Madrid básicamente a estudiar. Pero ese estudiar debe entenderse en un sentido amplio, pues abarca desde el que hace realmente un doctorado en una universidad importante hasta el que se dedica concienzudamente, con miras a elaborar una tesis al respecto, a la observación de los efectos positivos del vino español en la moral de los estudiantes latinoamericanos en el extranjero.

Aunque existía el profesor universitario que había huido del agobio del pluriempleo para dedicarse a estudiar tranquilamente en un país donde no lo conocían, había también un buen número de "estudiantes" en Madrid, y quizá más en París, que supuestamente estaban en una universidad prestigiosa, cursando un presunto doctorado y haciendo una hipotética tesis que nadie veía nunca porque nunca se hacía. Si tenían "enchufe" o "palanca", como se dice en Suramérica, al volver a su país sencillamente inventaron que se les había perdido el título de doctor (y por supuesto también la tesis misma) y se pusieron a dar clase con apoyo en dos o tres libros comprados media hora antes de salir para el aeropuerto. Algunos llegaron incluso a ser decanos de universidades privadas, otros hasta se lanzaron a las elecciones poniendo en su curriculum su lustroso título de doctor y otros menos audaces sencillamente hablaron siempre de sus tiempos del doctorado, sin agregar detalles aclaratorios que pudieran despertar sospechas.

Por ello resultaba inútil preguntar a un paisano qué estaba haciendo en Madrid. Todos estaban haciendo una tesis, aunque algunos hubieran ido realmente a hacer un curso de seis meses o incluso de dos semanas y se hubieran quedado ocho años meditando sobre el mismo, o aunque no hubieran ido a la universidad jamás y vivieran permanentemente en la suite de un hotel de lujo, dedicados a nada recomendables negocios de importación.

Pero los abogados suramericanos, que por obvias razones de economía doméstica se hospedaban en sitios un poco más modestos como los colegios mayores o en inmundas pensiones regentadas por ancianas dostoyevskianas capaces de despertar en cualquiera el síndrome Raskolnikov, aspiraban a una sola y única cosa en la terrenal existencia: obtener una beca.

Aunque existían verdaderos profesionales al respecto y sus múltiples apreciaciones bien podrían constituir el tema de un libro, lo cierto es que la clave para obtener una beca era uno de los secretos mejor guardados de la comunidad estudiantil. En esa cruda competencia, "los elegidos" nunca regresaban al "más acá" para desvelar el misterio, y si lo hacían volvían más bien como una especie de seres insubstanciales, nada menos que ¡becarios!. Poco comunicativos respecto a su nueva posición, los afortunados estudiantes subsidiados caminaban por los predios de la universidad como quien pisa rosas, ante la mirada envidiosa y casi asesina de la peligrosamente creciente e ilustrada clase proletaria de los no becados.

El abogado indiano en Madrid terminaba convirtiéndose en un extraño y cervantino personaje. Llegaba a España cual frágil "licenciado Vidriera", con su pomposo título de pregrado, obtenido tras largos años de estudio, exámenes de fin de carrera y tesis. Pero no tardaba en darse cuenta de que su status era más parecido a la condición de Rinconete o Cortadillo. Vistiendo la armadura de su lustroso traje, se decidía a enfrentar con la tenacidad del Quijote al genio maligno de la burocracia, y lo vencía, pues a fuerza de insistencia propia de su profesión, algo de malicia indígena y un poco de suerte para dar con ese funcionario español que incluso excede su responsabilidad por el placer de ayudar, el abogado suramericano termina obteniendo siempre las homologaciones, las becas y los títulos que se propone.

Entretanto el abogado latinoamericano, becado o no, se resignaba a vivir en un kafkiano apartamento, contando las pesetas como si fueran horas de vida. Se convertía en un fanático de las bibliotecas públicas, los conciertos gratuitos, las representaciones para estudiantes, los desfiles callejeros, los supermercados al costo y todo lo que significara evitar gastar una peseta

en otra cosa que no fuera el más preciado de los regalos que se puede dar a sí mismo un estudiante extranjero para resarcirse de las tribulaciones padecidas: Viajar; "hacer las europas"; desplazarse a toda marcha a lo largo y ancho del continente como si se tratara de un escenario que fueran a desmontar, y saciada la sed de kilómetros inicial, seguir con África, Asia y cuanto lugar haya podido el hombre pisar.

Sólo la finalización definitiva de los estudios salva al abogado indiano de convertirse en un trotamundos eterno. Cumplido el objetivo del viaje, el regreso se hace imperativo, y el entonces ya sí de verdad Doctor en algo, que había llegado a España con la ansiedad de conocer una Europa que no existe más que en la mente de quienes jamás la visitaron, regresa a su tierra con una visión más clara que nunca de lo que son el país y la ciudad en los que siempre vivió.

Por toda fortuna el indiano vuelve a su patria latinoamericana con un montón de postales que nadie soportará nunca ver en su totalidad. Retorna además con una cantidad de conocimientos nuevos de una sociedad que le era ajena, que por momentos le resultó incluso chocante y una especie de cárcel voluntaria, pero a la cual, sin embargo, comienza a extrañar desde el momento mismo de poner un pie en el avión de regreso. De ello hablará muy poco el retornado, porque le resulta imposible explicar con palabras todo lo que significó para él haber sido un abogado indiano en Madrid.

II. LOS INDIANOS VIAJEROS EN EUROPA.

DEL ARTE DE VIVIR COMO POBRE PARA VIAJAR COMO RICO.

El indiano europeo es aquel profesional latinoamericano en viaje de estudios, asentado en alguna capital de corto y sonoro nombre, que sus padres repiten a cuantos familiares se tropiezan con fingida indiferencia, desenfadada familiaridad e inconfundible acento: "vive en ¡LONDRESSS!, ¡RRROMA!, ¡MADRIDDD! y sobre todo...!PARÍSSS! Y ahora está como que en Atenas o no sé si Egipto".

Es una forma baratísima esa de viajar a través de la boca de los otros por el mapamundi imaginario de los familiares, mientras los coterráneos apenas sí viajan por trabajo a la capital del país. Sobre todo cuando, en realidad, normalmente muchos indianos se la pasan ateridos de frío entre 8 y 10 meses del año, calentándose como pueden con una parrilla en algún cuartucho barcelonés o florentino. Para entretener el tiempo, describen para sus amigos, con denodado esfuerzo epistolar, playas nudistas que jamás visitaron, museos famosos que "tocará ver antes de volver", y los manjares típicos de las orgullosas naciones que los acogieron y que ya se han aprendido de tanto leer en las puertas de los restaurantes de medio pelo, a fin de comparar precios.

Existe en Europa un grupo de estudiantes indianos quejumbrosos y dolientes muy caracterizados. Se encuentran periódicamente en los bares de vino barato, con el mismo abrigo de todo el invierno y los indestructibles aunque nada cálidos zapatos que les trajo la última tía rica que pasó a visitarlos "camino de Tierra Santa". Se consuelan mutuamente de las penurias personales a las que se ven sometidos lejos de sus privilegiados hogares del Tercer Mundo, las que, a sus ojos de miembros de clase media alta latinoamericana, se hacen casi insoportables. Sus diálogos son repetidos hasta la saciedad y su airecito de sacrificados intelectuales es insufrible.

Pero hay otros indianos que, vaya usted a saber de qué modo, se sobreponen a todas las incomodidades, y no asumen su viaje al Viejo

Continente como un karma de expiación de una clase social volcada al culto del consumo en una sociedad pauperizada. Por el contrario, muy conscientes de la cantidad de coincidencias que deben reunirse para que el nieto o bisnieto de un campesino del Tercer Mundo pueda viajar allende las imaginarias fronteras nacionales, asumen su experiencia como una cruzada personal, regional y hasta nacional.

Se ven a sí mismos como los marcopolos americanos, los vespucios criollos o los Miguel Strogoff andinos, y no hay quien los detenga: ni cónsules testarudos y reacios a conceder visas a ciudadanos de "sospechosas nacionalidades", ni el mal trato ocasional de los agentes ferroviarios hacia los "mochileros", ni la escasa alimentación o las dificultades para encontrar un sitio donde dormir en verano, ni mucho menos la plata.

El dinero, ese bien esquivo en el que apenas pensaban en sus subsidiadas vidas de ultramar, se convierte en un reto adicional, y hace aflorar en esos miembros anestesiados de lo que las abuelitas llamaban "la generación cansada", una serie de habilidades e ingenios, desconocidos por los propios indios y que harían dudar a sus familiares de la identidad de sus hijos, nietos y sobrinos.

Estas cualidades latentes en una raza que domeñó la rebelde naturaleza tropical y humilló al más grande imperio de la historia europea, y que se encontraban adormecidas en la cotidiana complacencia de la modernidad pequeñoburguesa, renacen ante esa graciosa mezcla de carencia y posibilidad que ha hecho posible la civilización misma. La alquimia causada por la combinación entre lo que en términos de la Nueva Era se denomina "el ánima", y en el lenguaje común el ánimo o las ganas, y ese otro gran motor del hacer humano que son los obstáculos, facilita al indio justamente esa posibilidad de recorrer la variada civilización europea que solo parecía tener existencia en los libros de historia del bachillerato y en las aventuras de Ásterix.

Pero como todo tipo ideal, ni el indio quejumbroso ni el indio viajero existen en estado puro. Por eso no es de extrañar encontrar en el hotel Sheraton de Agra, en una habitación con vista al Taj Majal, a un indio

contando lastimeramente que vive en un sótano de 20 metros cuadrados sin ventanas y sin calefacción, o toparse con algún otro en la Kasba de Ait Ben Adu de Marruecos, o bebiendo yoghurt en un mercado Rumano o en un espectáculo folclórico tailandés, siempre con los mismos blue jeans desteñidos y quejándose de lo cara que es la vida en Europa para los indianos.

Su pobreza y su riqueza son, paradójicamente, tan verdaderas como complementarias. Es una especie de avaricia justificada y selectiva. Si a las tres de la madrugada de un crudo invierno hay alguien esperando los infrecuentes pero económicos autobuses nocturnos de una metrópoli europea, mientras todos los demás se disputan los taxis, muy posiblemente se trate de un pobre indiano que al día siguiente estará calentándose los huesos en un baño termal en pleno desierto tunecino.

Todo indiano que se respete, aunque no haya podido pagar la cuota del seguro médico ni el alquiler del mencionado sótano, tiene lo que en algunas partes de las andinas tierras llaman "un tapao". Esta expresión en principio significaba tener un gallo de pelea con la cabeza tapada, para que nadie lo reconociera y así sorprender al rival. El "tapao" actual es una "platica" (dinerillo) de la que nadie tiene conocimiento, y que es tradicional en algunas familias de clase media latinoamericana mantener oculta hasta de los propios parientes cercanos.

Aunque en el fondo todos saben que los demás tienen su "tapao", hay una especie de pacto generacional tácito de no hablar del tema y sobre todo de jamás invocar la necesidad de utilizar el dicho dinero, cuya suma conoce estrictamente su dueño y, la verdad sea dicha, normalmente es una cantidad ridícula en proporción a los ingresos familiares y sobre todo en relación con el misterio que la rodea.

Aún no se ha hecho ninguna investigación importante sobre los "tapaos", lo que resultaría enormemente complicado y poco recomendable para quien aprecie la armonía familiar en Latinoamérica. Pero pueden establecerse algunas tendencias generales, difíciles de demostrar pero fáciles de intuir. Al parecer los "tapaos" de las madres están destinados a subsanar las metidas de pata de los hijos calavera o de los disipadores, las

de los padres a ocultar social y familiarmente las épocas financieramente desastrosas, las de las hijas a financiar con disimulo a sus novios desempleados o a pagar a ciertos médicos especialistas sin que nadie se entere en casa, y las de los hijos... a múltiples fines en los que no merece la pena extenderse. Pero los mejores "tapaos" son los de los niños, que se las arreglan para acumular las donaciones extraparentales con sofisticados sistemas de ocultamiento, para luego ir al cine o comprar golosinas en época de escasez o de castigo.

Pues bien, el indiano trasplantado a suelo europeo no puede escapar a tan arquetípica tradición, y es así como en un sitio donde lo que más difícil les resulta a los estudiantes latinoamericanos es ocultar la pobreza, se las arregla para tener un "tapao" permanente con el cual poder viajar en un momento de "emergencia". Porque el concepto de "emergencia" se transforma drásticamente en la mente del indiano conforme se va aproximando a la península ibérica o a la bota italiana. Y es que esa es la esencia del "tapao", trastocar las prioridades dictadas por la razón en beneficio de los absurdos caprichos del deseo. ¿Qué gracia tendría gastarse un "tapao" en ir al médico o pagar una deuda? El indiano es consciente de que estas pequeñas transgresiones son las que hacen el mundo un poco menos aburridor de como lo diseñaron Kant y sus secuaces.

Pero como el indiano que va en viaje de estudios a Europa ya ha sido etiquetado con el multivalente elogio-epíteto de "intelectual" antes de habersele ocurrido leerse el primer libro, no le queda otro remedio que justificar sus impulsivas actuaciones con elaborados, irrefutables y a la vez poco convincentes argumentos. ¿Cómo más explica un abogado indiano que lleva seis meses los cristales de las gafas rotos y pegados con goma, que su "tapao" no está destinado para mandarlos a reparar o comprarse unos nuevos, sino para un hecho futuro e incierto de trascendental importancia?

Ante la estupefacción de inquisitivos interlocutores, que normalmente son indianos económicamente boyantes en viaje relámpago de culturización tardía e inútil, el indiano estudiante se explaya en un absurdo y acomodaticio discurso, en el que da a entender que Europa y el mundo en general van a experimentar su más importante transformación histórica

desde la Segunda Guerra Mundial, justo en los pocos años que él vive en el Viejo Continente:

"¿Y quién sabe si en cualquier momento no cae el muro de Berlín y uno no tiene plata para irse allá y ser testigo del comienzo de la caída del comunismo?"

"¿Y qué tal si los judíos empiezan a reconocer a los palestinos antes de que uno pueda vivir la experiencia de atravesar las tensas trincheras de la conflictiva frontera con Jordania?"

"¿O es que usted piensa que yo voy a ir a Moscú cuando ya no haya tumba de Lenín, o a Leningrado cuando esté llena de McDonalds y Kentukys y le hayan cambiado el nombre, o a Polonia y Checoslovaquia cuando gobiernen los católicos y los poetas?"

Gracias al también disparatado discurrir de la historia, el indiano logra, a pesar de semejantes desafueros, escapar al hospital psiquiátrico y usar su "tapao" para irse a arrancar trozos del caído muro de Berlín, salir corriendo de Jerusalén el día de la Intifada, cambiar misteriosamente 10 dólares en Bielorrusia una hora antes de ser convertidos en moneda legal en la Unión Soviética, celebrar los 200 años de la Revolución Francesa en París y los 500 de la partida de Colón en Sevilla, y volver con sus cristales rotos y sus blue jeans viejos a la rutina de sus estudios doctorales, a quejarse de lo cara y dura que es la vida en Europa.

Años más tarde, en la tertulia de algún café en una ciudad latinoamericana, los comentarios del indiano retornado explicando cómo predijo la caída del comunismo, cómo obtuvo una visa de entrada a la República Democrática Alemana y que cuando llegó a la frontera esta ya no existía, se confundirán con las tradicionales historias de pescadores imbatibles, goleadores cincuentones, amantes infatigables y demás fantasías consoladoras de la edad adulta. Quizá también las historias del indiano vayan creciendo con los años y adquieran una desesperante cadencia de cantinela interminable. Pero eso poco le importa al indiano en tanto que nadie sospeche los viajes que piensa hacer con sus nuevos "tapaos" el día menos pensado.

III. EL INDIANO EN MARRUECOS.

DE CÓMO SE RECONOCE EL INDIANO DESCENDIENTE DE FENICIOS.

Los paisanos del indiano normalmente no van a Oriente, sobre todo los de algunas tierras andinas, donde ocultar la riqueza aun ante los propios ojos es casi un deber religioso. Estos aplicados trabajadores, descendientes seguramente de judíos conversos, si quieren viajar a Europa dicen que van al Vaticano y si lo que desean es darse un paseíto por Oriente Próximo entonces le cuentan a todo el mundo que harán una experiencia de peregrinación a la Tierra Santa: "baratíiisima y muy frugal, por cierto".

Hay que verlos entonces ir "al Vaticano" vía Londres, Amsterdam, Praga, Viena, Venecia y Florencia, y devolverse cargados de medallitas papales por Pisa, Niza, Mónaco, Marsella, París y Barcelona, para finalmente tomar el avión en Madrid, previos unos días en Andalucía, claro está. Las compañías aéreas no saben bien cuánto le debe el aumento de viajeros por avión al fervor católico de los latinoamericanos, a muchos de los cuales les da vergüenza reconcer que hicieron un tour por Europa, pero les parece de muy buen recibo haber ido a Tierra Santa, con un par de paradas técnicas.

El viaje a "Tierra Santa" es algo parecido; normalmente incluye todo lo anterior y continúa con un modesto crucerito por las islas griegas desde Atenas, que casi por casualidad para en Turquía y Egipto (los coptos son cristianos al fin y al cabo), hasta llegar finalmente a Jerusalén.

El indiano, si puede ir gratis, normalmente se suma a esa peregrinación, y efectivamente termina purificado ante los ojos de Yavé, de Alá y de Dios, administrando las manías de sus generosos compañeros de viaje y no pudiendo perderse en los laberintos de las ciudades árabes por estar asistiendo a esos shows folclóricos de los hoteles, con bailarines que muchas veces son indianos salsómanos, adaptados a las necesidades del mercado.

Pero la mayoría de las veces no lo invitan. El familión se limita a pasar unos días en su ciudad de acogida, a la que llegan cargados de maletas

donde va la ropa digna de usar en Europa, esto es: vestidos pesados y acartonados, zapatos de tacones y gabardinas alcanforadas que en los veranos europeos sólo usan los exhibicionistas por obvias razones. Luego de hacer los tures de rigor, entregar los mencionados dulces típicos de su tierra que le enviaron al indiano y que él ya no tiene ni donde guardar ni a quien regalar, se van muy alegres para Tierra Santa, por la susodicha línea recta de taxista marrullero.

Entre una y otra visita de quienes van hacia Tierra Santa o vienen de ella, el indiano empaca su morral y se va también para el Oriente Próximo. Pero el Oriente más próximo del indiano afincado en Madrid es nada menos que el Sur, y no sólo es el más cercano a la idea de Oriente que tiene en su calenturienta mente de lector de Omar Kayam, Nizâmi e Ibn Batuta, sino que es el más barato y quizá el más bello. Pero sobre todo, para el indiano, Marruecos es el oriente más entrañable, pues esos bereberes arabizados son nada menos que los primos de sus primos españoles, si bien estos lo niegan sistemáticamente.

Así, el indiano parte en dirección a Algeciras en uno de los muchos autobuses que en cada temporada vacacional llevan a cientos de jóvenes madrileños, ansiosos unos de cruzar el Atlas y caminar por las dunas de Merzouga cercanas a Er Rachidia y otros de probar el original Alcuzcuz, montar en camello y cargarse de artesanías a la primera oportunidad. Unos más, a los que curiosamente llaman camellos, les importa poco esta experiencia, no compran recuerditos ni prueban los pasteles de paloma, por estar concentrados en los suyos: comprar hachís para venderlo luego en Madrid.

Algunos indianos, que han llegado a España cargando el Sambenito de haber nacido en un país exportador de drogas ilícitas, no entienden por qué cada vez que van a Marruecos sus amiguetes madrileños les dicen, con sonrisa picarona y un descarado guiño: "Ah, con que vas otra vez a bajarte al moro... la nostalgia tío, la nostalgia". Hasta que un buen día ven la célebre película y comprenden que los están ubicando entre el grupo de españoles que viajan a Marruecos a comprar "chocolate", y sólo no terminan aislados de sus bromistas amigos porque acaban comprendiendo que para el madrileño medio el consumo de tales sustancias no es

moralmente reprochable, como sí sucede en el ambiente social del que son originarios.

El indiano descubre Marruecos en un permanente estado de estupefacción, pues jamás pensó que a dos pasos de Europa fuera a encontrar intacto en muchos aspectos ese mundo oriental que consideraba solo rescatable a través de la lectura y la imaginación. Mientras que sus devotos familiares y amigos recorren el modernizado y dividido Jerusalén intentando imaginar los tiempos de Jesucristo, el indiano camina asombrado por el zoco de Fez con la absoluta certeza de haber viajado en el tiempo y la casi sensación de estarse encontrando a cada paso con María Magdalena, San Lucas o el mismísimo carpintero de Nazaret.

Sobre todo en Marrakech, donde la cercanía al desierto diluye aún más la influencia occidental de los últimos siglos, el indiano siente que algo bulle en su sangre, y se entrega desprevenido a la cordial hospitalidad mercantil de sus anfitriones, que no le es ajena. Convencido de ser tan descendiente de fenicios como ellos, se deja arrastrar sin resistencias por los sonrientes propietarios hacia el fondo acogedor de una tienda de alfombras y sostiene por dos horas una animada conversación en idioma indefinido con el satisfecho jefe de familia. Rodeado de las cálidas miradas de un montón de empleados y parientes del propietario, y tomando parsimoniosamente el té de menta con mucho azúcar que acepta a la primera oportunidad ante el regocijo general de sus nuevos amigos, el indiano se sumerge en la fantasía de ese momento y apenas si nota la mirada de algún turista europeo que desde afuera le compadece por haber caído en las garras de los astutos bereberes.

Habitado a esta forma de socialización, que vaya usted a saber por qué es idéntica en sus andinas tierras, el indiano no comete la descortesía de obviar el tema mercantil y lo asume él mismo ya al final de la tarde. Si la charla sobre la familia y las diferencias culturales, en la que el indiano se cuida de no abordar temas políticos o religiosos, ya había creado un lazo entre él y el grueso vendedor de alfombras, la extensa negociación por la venta de un pequeño kilim de 20 dólares, que termina comprando en treinta sobre un precio inicial de 100, los convierte casi en hermanos de sangre. Entre broma y broma, sonrisa amplia, arregladas de bigote con el

reverso del dedo pulgar y muchas frases asombrosamente similares en ambos, tales como "salgo perdiendo pero me caes bien", "acéptalo antes de que me arrepienta" o "el peor negocio de mi vida; eres un zorro, mi amigo", el tiempo se desliza sin importarle a nadie.

Al interior de la pequeña tienda del zoco, llegada la noche, la despedida se convierte en un rosario de besos a lado y lado de la cara, un fuerte abrazo y una mirada de bondadosa tristeza por la partida, con la que parecen decirle al indiano: si todos los occidentales fueran como tú, ¡Insh'allah! (lo quiera Alá).

Al salir de Marruecos por Sebta (Ceuta), el indiano prácticamente ha olvidado lo que es una ducha, pues ya se ha habituado a los hammam o baños árabes, en los cuales los clientes son sometidos entre vapores de hornos milenarios a acrobáticos masajes tribales capaces de resucitar a un muerto. Y no sabe el indiano como hará para vivir sin poderse comer un pan árabe relleno de cordero en cada esquina o deleitarse con dulces a base de pistacho y miel mientras observa el paso de los burros por el zoco, cargados de mercancías dignas de una historia de Sherezada. Pero, sobre todo, el indiano echará de menos a aquellas gentes casi siempre alegres a pesar de su difícil situación económica y tan dispuestas al diálogo y a la generosidad. "Esberamos que buelbes", le dicen al indiano colocándose con emoción la mano derecha en el lugar del corazón. "Insh'allah", contesta el indiano.

IV. EL INDIANO DE MADRID VISITA A SUS HOMÓLOGOS EN LA CIUDAD LUZ.

DE POR QUÉ NO HAY NADA COMO VIVIR EN PARIS.

¿Qué busca el abogado indiano en Europa con tanta ansiedad y tan marcado empeño? ¿Por qué abandona ese paraíso terrenal del que hablaba Colón en sus cartas para ir a vivir a un continente donde la inclemencia del clima es el principal tema de conversación? ¿A quién se le ocurre renunciar a sus privilegios en una sociedad estratificada para aterrizar desclasado en un mundo de amplias y pudientes clases medias? ¿Qué tipo de fanatismo religioso o de peregrina ideología lo lleva a vivir entre extraños que, en el mejor de los casos, le tratarán como a un pariente venido a menos?

A nadie escapa que la sola motivación de estudiar no explica tal despropósito. Ninguno termina confesando sus secretas razones, pero cada indiano tiene una teoría sobre los motivos de los demás indianos para irse a pasar trabajos a Europa. De creer a todos, resultaría que el Viejo Continente está inundado de estudiantes latinoamericanos a quienes los ha dejado su mujer, o que tienen acreedores reacios a la utilización de las vías judiciales de cobro, o que sencillamente no se los aguantaban en sus casas y sus familiares hicieron una vaca-beca para quitárselos de encima. Y no falta quien asegura que su compañero de clase llegó a Europa mediante el expedito sistema de "milite hoy y viaje mañana". Pero esto es tan inaceptable como el presumir que toda mujer profesional de aquellas latitudes que haya atravesado el océano estuviera pensando básicamente en coger lo que en España llaman "el último tranvía". Chismes aparte, investigaciones secretas respaldadas por confesiones anónimas obtenidas en estados de semintoxicación etílica, han revelado... lo que ya todo el mundo sabía: que el indiano va a Europa porque pura y simplemente se muere de las ganas de vivir en Europa.

Es tal la obsesión por el Viejo Mundo que han creado los escritores europeos del siglo XIX en las calenturientas mentes de algunos indianos, que éstos son capaces de irse a estudiar botánica jurídica a Albania con tal de haber vivido en Europa. Los hay pues en casi todas las capitales, pero

sobre todo en París. Debe comprenderse que un universitario latinoamericano, a quien le colgaron el Sambenito de intelectual por encontrarse "casualmente" leyendo un libro de Proust a la luz de una vela en el café más concurrido de su ciudad, al terminar la carrera no tiene otra opción que la de irse a estudiar a París. El abogado indiano que estudia en Madrid, testigo presencial de cuanto aquí se dice y protagonista secundario de esta historia, a los pocos meses de llegar a España tiene que apresurarse a visitar a sus homólogos en la capital francesa, para que le dejen de bombardear postal, directa o telefónicamente con la dichosa pregunta: "¿Y ya estuviste en París?"

Primero el indiano debe ir al consulado francés a demostrar que es un estudiante y no otra cosa, y a pagar con la mayor de las sonrisas los casi cuarenta dólares que el Estado francés cobra, a algunos sí y a otros no, por pasar a su tierra de "égalité et fraternité". Luego se instala en un vagón de segunda clase y se dispone estoicamente a hacer su último intento de leer *Rayuela* antes de llegar a París. Para su sorpresa el compartimiento va lleno de indianos sobreexcitados, ataviados de una vez con sus boinas y bufandas típicamente parisinas para pasearse por Montmartre. Sin dejar de mirar el libro, el indiano se concentra en el gratuito espectáculo de una comedia humana en acción, que a lo mejor más tarde le venderán editada, complejizada e ininteligible. Los de las boinas de medio lado, sentados frente a frente, parecen estarse enviando besos y frases cariñosas. Pero cuando el indiano en un momentáneo impulso de reprochable curiosidad se inclina como para mirar a través de la ventana, comprende que el tal estiramiento de labios obedece a castos propósitos: "Bon yuuuu misieeé" dice ella haciendo un esfuerzo facial que envidiaría Luis Armstrong. "Ye suiii de la colombiii", le contesta el otro, mirando de reojo su cuaderno de notas de "L'alianzzz". Para completar el cuadro, una joven indiana con las gafas a media nariz y un gesto de senilidad precoz en la cara, escribe cartas a sus exalumnos con fechas anticipadas. Todas empiezan con frases tan ingeniosas como "París es sólo París", "Sin duda la Ciudad Luz", "Ver París y morir" y otras originalidades, y terminan con un escueto: "París, primavera del noventa". Al caer la noche, los del compartimiento contiguo, que beben un vino de la Rioja con sospechoso olor a anís, ofrecen gratuitamente una serenata a todo el vagón, y uno a uno los indianos van pasando de la ensoñación al sueño, arrullados en sus fantasías parisinas por

el cada vez más apagado rumor de una marsellesa cantada en ritmo de ranchera.

Al llegar a París, el abogado indiano que estudia en Madrid descubre que uno de los atractivos menos promocionados de la ciudad es la diversidad de grupos humanos con los que se puede entrar en contacto. Particularmente la capital francesa es el paraíso del "indianólogo". Hay indianos de todos los países, condiciones y pelambres, pero la mejor manera de clasificarlos es por la obsesión que los mantiene atados a aquella cultura que apenas sí soporta su presencia. Primero están los artistas, que llegan allí con la misma alegría con la que un judío ortodoxo "retorna" a Jerusalén después de varias generaciones. Están convencidos de que vivirán en una entrañable buhardilla al frente del Moulin Rouge, vendiendo sus bucólicos cuadros de un Sena de aguas cristalinas a los turistas despistados, para después catapultarse a la fama en el más puro estilo de Hollywood. Luego vienen los aspirantes al Nobel de literatura, tan bien retratados en *El buen salvaje* de Eduardo Caballero Calderón o en *Tantas veces Pedro*, del peruano Alfredo, que resulta casi superfluo describirlos. Animados por los relatos autobiográficos de famosos novelistas indianos exparisinos, siempre hay en París un número constante de escritores latinoamericanos, dedicados concienzudamente al estudio de la lengua francesa para escribir en lengua castellana su primera novela sobre su experiencia parisina. Algunos de ellos, no muy bien advertidos sobre la bien intencionada exageración andina, se pasan años a la espera de esa sugerente francesita que inspiró a Fernando González a escribir sobre el remordimiento, o, en el caso de indianos más afines a los gustos de Fernando Vallejo, de esos imberbes Alcibiades que según él le surgían por doquier en su periplo europeo.

Después hay una larga lista de profesionales de todas las áreas, entre los que se destaca el abogado indiano, quien desde el segundo año de carrera ya soñaba en francés y que con solo pisar el asfalto del aeropuerto Charles De Gaulle adquiere un indescriptible aire de sabiduría milenaria del que no puede deshacerse durante el resto de su existencia. Pero la profesión más difundida en París es la de "vivir en París". Cuando una señora suramericana pregunta a la madre de un indiano parisino a qué se dedica su hijo, y esta contesta muy orgullosa "vive en París", ya no hay más de qué

hablar. Esa ya es la mamá del que vive en París y sus hijos los hermanos del que vive en París, y así todos tan contentos. De hecho haber vivido en París confiere al indiano, a los ojos de sus compatriotas, una especie de cualidad extracotidiana que no puede expresarse en un frío y formalista título universitario. No importaría en absoluto que en la primera semana el indiano en cuestión haya recorrido museos y universidades tomando fotos de la Monalisa y de sus presuntos compañeros de clase para enviar a su familia y que en adelante se hubiera dedicado a recorrer las tiendas de sexo y a catar el vino de Burdeos.

Lo que más entenece al indiano que vive en Madrid cuando visita al indiano de París es la alegría que emana de su rostro aunque su situación sea a todas luces desastrosa. Por supuesto que hay indianos de todos los niveles económicos en París y que con los años quienes sobreviven van afianzando su posición. Pero los terribles problemas de vivienda, la crueldad del clima, la carestía de la vida y el choque cultural intensificado por la barrera del idioma, son más o menos comunes a todos, por lo menos al principio. Cómo no admirar tal presencia de ánimo en alguien que vive en una habitación nada digna de ese nombre, que se alimenta básicamente de atún y yoghurt, y que lleva seis meses en París sin tiempo ni dinero para hacer otra cosa que ir de la academia de idiomas a la casa y de ahí a la oficina de correos (a mandar decenas de postales de París, ¡claro!). "¿Y ahora qué hago?", se dice el indiano visitante, cuando tras pintarle este idílico cuadro de su existencia parisina, su adorado anfitrión le toma del brazo y le lleva hacia una pared dominada por la humedad y, señalándole el minúsculo ventanuco del cuarto, que va a dar a un patio interior repleto de chatarra oxidada, le dice como mirando a lo lejos a través del empañado cristal: " ¿Pero sabe qué hermano?, no hay nada como París".

A pesar de la sensación que lo invade de ser protagonista de algo grande y novedoso, el indiano moderno que va a París en viaje de estudios no es ningún pionero. Esa pasión desbordada por París ha sido transmitida de generación en generación desde la época de los criollos españoles, primeros y verdaderos detentadores del apelativo de indiano, por haber nacido o vivir en las indias occidentales. Para quitarles un poco el aire montuno que supuestamente adquirirían por el contacto con los diversos grupos humanos sometidos a su poder, los hijos de esa acomplexada

aristocracia de ultramar eran enviados a la metrópoli para aprender las maneras cortesanias, y una temporada en París era imprescindible. Desde entonces se empezó a producir el extraño fenómeno, que aún persiste, de que entre más humillaciones recibían los indios mayor era la fascinación que expresaban respecto de Europa al regreso a la colonia. Quienes no podían "hacer las europas" debían soportar el resto de sus vidas el desquite psicológico de quienes las padecieron, y hasta llegaban a creer que en verdad habitaban un mundo secundario, periférico, intrascendente y casi que imaginario. La cuestión es que tras el inspirador viaje de un singular criollo a París, los indios al fin se liberaron de su edípico temor y desafiaron al imperio, rompiendo al mismo tiempo su cordón umbilical con Europa. Pero pese a esto y a que a partir de la siguiente centuria los escritores indios reivindicaran ese mundo periférico y cuasi imaginario como una reserva de realismo viviente en una sociedad fosilizada, el mito de París no hizo más que consolidarse. Unas generaciones de viajeros indios sucedieron a otras hasta llegar a nuestros días, y ni siquiera el gran cubrimiento de los modernos medios de comunicación ha podido quitarle fuerza al discurso del viajero retornado, tal como lo demuestra la lectura de este escrito.

El indio que vive en Madrid regresa con un poco de nostalgia a su segundo hogar, después de una semana de ser conducido París arriba y París abajo por los indios parisinos, conociendo las maravillas de la gran nación francesa, esto es, los expolios del Louvre, el museo Picasso (que no era francés), el museo Rodin (que estaba cerrado por huelga), el barrio de los pintores (o de los turistas japoneses, según se mire), el palacio de Versalles (un precioso monumento al despotismo) y, por supuesto, el parque de Disney y la famosa torreta (bella, majestuosa y todo lo que se quiera, pero una torre de feria al fin y al cabo).

Deja París un poco decepcionado además por no poder contar, como todo el mundo, lo mal que lo trataron los franceses, porque le parecieron encantadores. Se lleva sin duda el recuerdo de la emoción experimentada al recorrer las calles y lugares que personajes como Quasimodo o Fantine llenaron de sentido y la paralizante emoción que le causaron la increíble luminosidad y frescura de las pinturas impresionistas originales. Pero sobre todo retorna a su tantas veces criticado Madrid con aquella secreta,

inconfesable y muy humana alegría de quien compara las cuitas ajenas con las propias. No más llegar rebautiza su otrora menospreciado apartamento con el nombre de Buckingham y se va a una tienda a preguntar cualquier cosa para que le griten la respuesta en el más contundente y sonoro castellano.

V. EL INDIANO ENTRE BEDUINOS Y PALESTINOS.

DE CÓMO EL INDIANO ENCUENTRA EN UN DESIERTO LA CLAVE TEÓRICA PARA UN PROBLEMA, VUELA EN GLOBO POR EL DESIERTO Y SE VUELVE MENOS SIONISTA QUE ANTES.

Aunque muchos indianos vieron por años a través de los ojos de León Uris y se criaron con las versiones cinematográficas de *Éxodo* y *Mila 18*, con el paso de la adolescencia la causa judía dejó de parecerles tan heroica y el problema palestino comenzó a preocuparles. La simpatía por ambos pueblos les crea, pues, un conflicto a la hora de ir a Oriente Próximo, pero las experiencias vividas en las tierras bíblicas terminan inclinando la balanza. Este relato habla de la experiencia de un solo indiano, pero es suficientemente ilustrativa en ese sentido.

Para evitar el conflicto interior entre dos mundos que le son muy queridos, este indiano que se dirige a Oriente Próximo no aterriza en Tel Aviv, sino que llega primero a Amman. Siendo mucho más de media noche decide gastar las horas restantes hasta la madrugada escuchando los relatos de un palestino ex-contrabandista en la frontera colombo-venezolana, que hace años no habla español tan largo y tan a gusto. El palestino hispanohablante le indica el hotel más barato, y le anima a quedarse dos meses en Jordania, pues como dicen todos los propios de un lugar en cualquier parte del mundo, “en dos semanas no ves ni la mitad, mi amigo”. Baño Hammam, falafel de almuerzo, baklava (dulce de pistacho y miel) de postre, unas horas de paseo por la Ciudadela y el mercado, y un buen Narguile (pipa de agua para fumar), acompañado con té rojo y piñones para llamar el sueño.

El indiano presiente que una experiencia singular le espera en aquel país de menos de cuatro millones de habitantes, donde la mayoría son refugiados palestinos. Es así como camina expectante por las ruinas de la ciudad romana de Jerash, y llega un poco ansioso a la imponente Petra para demostrarse lo que nunca creyó: que aquellas inmensas puertas de

pedra creadas por los nómades nabateos al volverse sedentarios y ricos pudieran existir en verdad.

Pero sus experiencias no exceden a las de cualquier turista, así que decide adentrarse en el mítico desierto del Wadi Rum, que lo separa de la inmensa Arabia Saudita. En este particular paraje pedregoso, bien diferente a la popularizada imagen del desierto de dunas donde T. E. Lawrence vivió sus aventuras en plena guerra de independencia árabe en 1917, el indiano espera que se cumpla su presentimiento.

Así, el indiano conoce al jefe de una de las 20 familias beduinas que son los únicos habitantes del descomunal desierto y sin demasiada negociación monta el camello que este le ofrece y se adentra con él por entre las imponentes montañas rojizas, haciendo caso omiso de la advertencia de la guía Lonely Planet: “Camels are a better way to go but here you are at the mercy of the Bedouin” (el camello es la mejor forma de ir, pero queda uno a merced de los beduinos).

En plenos meses laborables en Occidente, son muchos menos los visitantes en la zona, así que el indiano pasea a su gusto por el desierto toda la tarde en el Land Rover del vecino más cercano de su anfitrión, o sea a 10 kilómetros de distancia. El modernizado beduino que además tiene televisión conectada a una batería, sólo habla árabe, por lo que le contrata como traductor a cambio del paseo, pues debe encontrar en semejante inmensidad a unos franceses perdidos desde la mañana. “Si yo le pudiese contar esto al padre Eduardo, mi profesor de francés del colegio”, le dice el indiano al casi completamente cubierto beduino, quien responde en su ignorancia de lenguas y su sabiduría de gestos con una inmensa sonrisa y una inclinación de cabeza.

Ahí están. “¿Hablan ustedes francés?” “Nein”, contestan unos, “¿qué dice este tío?”, otros más familiares, “hablamos sí, pero somos de la madre Italia”, enfatizan los terceros. “De la Colombie”, dicen los últimos “¿Y eso dónde queda?” dice el marrullero indiano a los decepcionados paisanos. Al fin aparecen los franceses, muy niños ellos, viendo el atardecer en una inmensa explanada en medio de ningún sitio. Momento mágico aquel, sobrecogedor, ver la transformación cromática del casi

lunar paisaje con un matrimonio de muchachos franceses tomados de la mano y un beduino acariciando las llaves que simbolizan la posesión de su mayor tesoro. Puede ser esa la experiencia para la que estaba destinado, se dice el indiano respirando profundamente la brisa que viene de Arabia.

Pero aquella noche le espera al indiano una nueva sorpresa. Bebiendo el té al borde de la hoguera, en una de aquellas tiendas de tres paredes de tela que son las casas beduinas, su nuevo amigo, más políglota que su vecino motorizado, y seguramente siguiendo una tradición milenaria, se explaya en su filosofía de la vida, cuyo eje es la voluntad de Alá, y mirando las estrellas cuenta al visitante, con sus pobladas cejas casi juntándose, su gran preocupación. El desierto es blando con quienes lo recorren e implacable con los sedentarios. Si bien los pocos que viven allí tienen suficiente agua y leña, el equilibrio poblacional es tan delicado, sin contar además con los turistas, que la siguiente generación sólo tiene dos opciones: viajar a la ciudad o volver al desierto. Un débil hilo de tradición une a esa generación, la de sus hijos, con el pasado nómada, y si se rompe, jamás podrán aprender a vivir nuevamente en el desierto sus descendientes. Anuar, el beduino que relata es ese hilo y la historia es su drama familiar.

El indiano también sucumbe a la magia del fuego y las estrellas y recostado sobre un almohadón que le trae la esposa de Anuar se abre al beduino en sus propias angustias. Bebiendo el humeante té que la misma señora embozada le sirve con infinita gracia antes de retirarse de nuevo a la otra tienda, el indiano habla por primera vez de su conflicto. Anuar escucha atento la historia de dos mujeres y un hombre atrapados en una indescifrable madeja del destino, y comienza a apretar los labios como si sintiera la angustia del indiano, pero momentos después no resiste más, escupe el líquido a lo lejos, se toma el vientre con las manos y se revuelca en la arena emitiendo unas grandes carcajadas. Cuando ve la cara ofendida del indiano, deja de reír, limpia sus ojos húmedos por la hilaridad, pide disculpas en todos los idiomas que conoce y se da golpecitos en la frente con una de las piedras de la hoguera en señal de arrepentimiento. La señora vuelve a entrar con algo de comida, y Anuar espera que se retire para explicar su actitud. “Mejor lo ves”, le dice, y poniendo sus manos alrededor de la boca, pronuncia con una voz entre el mando y la cortesía

tres palabras árabes dulces y sonoras. Aparece su misteriosa esposa nuevamente y se sienta a su lado, pero como por encanto de Ifrit (genio travieso), una segunda sombra negra surge del mismo lado y se sienta en frente de la primera. Aun con la boca abierta, el indiano ve entrar la tercera, la del té, pues reconoce entonces la diferencia, y él mismo ríe a carcajadas, ante la estupefacta mirada de las esposas de Anuar, quienes después de consultar el rostro de éste, acompañan en la alegría al extraño visitante, unas riéndose y otras produciendo ese extraño ruido de alegría con la lengua propio de las celebraciones en el mundo árabe.

“¿Qué más cosas interesantes pueden sucederme en este viaje?”, se dice el indiano, recordando su presentimiento, cuando va de regreso en el camello de Anuar, que teóricamente lo llevará a la autopista y regresará solo donde su amo. Pero ni se imagina que el animal tiene otros planes que lo harán vivir una surrealista aventura. Cuando el camello empieza a bufar, a restregar su patas delanteras y trata de escupir al jinete, este desciende prudentemente del animal, que emprende el retorno en rauda marcha, dejando al pasajero tirado en la mitad de nada.

Con la paciencia de héroe de cine que confía en el feliz desenlace, el indiano se sienta sobre su morral y estira la mano haciendo autostop a los imaginarios automovilistas. Entre un montón de polvo alcanza a ver un puntillo negro en la lejanía, que luego se va volviendo un lujoso 4 por 4 con aire acondicionado. Después de tantos años de ver historias sobre los trucos visuales que ocasionan los desiertos, el indiano decide abordar el espejismo y disfrutar del imaginario aire acondicionado unos segundos. El fantasmal conductor, para acentuar el febril sueño le ofrece un viaje en globo desde donde se puede admirar el desierto, al cual accede el indiano, siguiéndole la corriente de su juguetona mente.

El indiano, ajeno a los viajes sicodélicos de las drogas, aprovecha esta oportunidad del destino y se acomoda en su alucinación con disimulado placer. En efecto, a los pocos minutos comienza a divisar a lo lejos un globo aerostático en la mitad de la nada y a un grupo de personas. No más llegar, el ayudante del piloto que lo recogió le pregunta en inglés cuanto pesa en libras y cuando el indiano le da la respuesta, lanza un grito de emoción y le da dos besos en las mejillas. Al parecer el globo estaba

programado para llevar estos periodistas y al faltar uno de ellos fue necesario buscar “lastre humano”, y ¿qué mejor que un indiano varado en el desierto por un temperamental camello?

El espejismo resulta ser el más maravilloso de los viajes jamás imaginado, pues la contemplación de un desierto tan variado como aquél desde el aire no tiene parangón con ninguna experiencia parecida en la vida del indiano. A tal punto es sugestiva su belleza, que el indiano considera por unos segundos seriamente experimentar con LSD a su regreso para reproducir tales sensaciones. Cual Paspardu en viaje ajeno, el indiano aborda el globo, siente la ingravidez de la experiencia y toma muchas fotos como si no viajese en un espejismo y algún día las fuese a revelar y mostrar a sus amigos. Por su cabeza no pasa siquiera la idea de que una semana más tarde aparecerán las fotos del viaje imaginario entre las muchas otras y que años después los editores se las pedirán para comprobar la veracidad de su relato.

Al descender el globo y chocar con la arena, por la que alguna vez pasó Abraham en sus ires y venires de empresario y místico, la canasta se voltea y los pasajeros quedan mirando el cielo desde el que antes divisaban la madre tierra. Pero el hechizo no se rompe con el golpe, pues los magníficos actores del ilusorio acto mental lo invitan a un asado de pierna de cordero en una cabaña tan surrealista como el globo lejos de ahí. El indiano les sigue la corriente a esta especie de espíritus creados por su mente, pero no registra sus fantásticas historias por considerarlas fruto de su propia imaginación. Y se perdieron.

Al día siguiente lo colocan los etéreos amigos en la autopista, donde una hora más tarde pasa un ruinoso autobús rumbo al Mar Rojo, la siguiente parada. Ahora sí, piensa el indiano camino del balneario de Aqaba, vendrá el momento de hacer turismo soso y relajado, pues tantas emociones seguidas le tienen un poco agitado. No obstante, como quien mira la batería de su radio, toca su corazón con la mano derecha y comprende que la alarma de emociones aun no se ha apagado. En efecto, en Aqaba le esperaba un singular encuentro, luego del cual entendió entre otras cosas que él tampoco llegaría nunca a Itaca. Se trata de una historia que contrasta con la alegre sucesión de hechos ocurridos al indiano en

Jordanía. Convertir en relato la emoción de ese momento transcurrido el tiempo resulta difícil, dado lo cual no queda otra opción que la de reproducir la carta que entonces el indiano escribió al día siguiente de haber compartido con sus amigos palestinos la música, el baile y la tristeza por su destino apátrida:

Carta a mis amigos de aquí y de allá, desde Asiongaber (Akaba), un rincón del Mar Rojo, en el cual el rey Salomón ordenó construir sus naves (reyes 9, 26)

Los minaretes de las mezquitas de Aqaba se dibujaban sobre un fondo marino ya borroso por la niebla y por el pausado ocultamiento del enorme sol rojo sobre el horizonte israelí. Cientos de personas inundaban ansiosamente las calles de la pequeña población fronteriza como si la caída del sol fuese una contraseña para que la vida se enervara y la actividad adquiriera un nuevo ritmo.

Cuando niño, decía Mohamed, meciendo la cabeza al son del oriental-pop y expulsando por boca y nariz el humo del narguile recién encendido, no entendía por qué el sol se iba cada tarde a Palestina y los dejaba sumidos en la sórdida oscuridad que tanto le asustaba. Odiaba quedar al amparo de una bombilla amarillenta en la que se suicidaban los insectos a lo largo de la noche. A veces, incluso, se sometía a los rigores del Ramadán, a los que no estaba obligado por edad, para luego, con ingenuo y ferviente anhelo infantil, pedir a Alá que no se volviese a llevar nunca aquel sol al otro lado del mar.

El canto del muecín llamando a la oración con tono lastimero y penetrante, impregnaba la atmósfera de nuestra improvisada fiesta en el segundo piso del hotel Souk Al Medina, en aquella ciudad que marca para los jordanos el fin de su país y el comienzo del “Estado inexistente”. Tres palestinos, un jordano y un extranjero no hacían caso al alegre bullicio exterior, en el que se mezclaban ofrecimientos de mercaderías a voz en cuello, risas y llantos de niños, exclamaciones de ira, conversaciones básicamente entre hombres y hasta profecías ofrecidas sin costo alguno por un ciego vendedor de lotería a sus más puntuales clientes.

Con la espontánea generosidad que caracteriza a los pueblos a los que el destino ha negado la abundancia, los cuatro muchachos musulmanes de entre 18 y 20 años no habían tenido ninguna duda en invitar al solitario viajero a celebrar con ellos el gran acontecimiento que les permitía el derroche de pasar tres días completos al borde del Mar Rojo: el final de sus estudios escolares.

Al calor de los tragos, de humeante té de menta por supuesto, y con la confianza que brinda el compartir una misma boquilla de la pipa de agua sin apenas limpiar su superficie, fueron aflorando entre los ya nunca más compañeros de estudio sus secretos temores sobre lo de tristezas y desencanto que esa nueva etapa de su vida les depararía. Más que por el análisis objetivo de una situación difícil y sin aparente salida, la del exilio, la conversación estaba guiada por un aire de fatalidad aparentemente ínsito en su ancestral cultura, que parecía pasearse a su voluntad por la habitación envuelto entre las volutas blancas y espesas de aquel tabaco dulzón y reconfortante.

Con el natural pudor del anfitrión considerado, los contenidos de las discusiones iban siendo traducidos cada cierto tiempo al visitante, esto es, cada par de bocanadas, eliminando las partes más duras, que pudieran agriar de algún modo el aire jovial y alegre que caracteriza a lo viajeros, máxime a los que han encontrado cálidas compañías en su singular y moderna peregrinación.

El tabaco de fabricación nacional, sin embargo, elaborado con una deliciosa y engañosa mezcla de esencias frutales, sumado a una noche apuntillada de estrellas y a aquella camaradería varonil, característica de las reuniones en el mundo árabe, muy pronto logró que afloraran en las bocas los más recónditos pensamientos.

El viajero que intima con los locales no deja de ser un espía itinerante de las vidas ajenas a lo largo y ancho del mundo. La obsesión que lo mueve a salir de su tierra de origen no supone un simple rechazo a la cotidianidad conocida. Más bien hace parte de esa gran curiosidad que ha llevado a muchos hombres a buscar explicaciones no racionales a la humana

existencia a través de imágenes omnicomprendidas, de situaciones donde los hechos burlan la conceptualización y, sobre todo, de diálogos en clave universal.

Del mismo modo que un infiltrado soldado se introducía subrepticamente en las ciudades sitiadas para mezclarse entre los locales y obtener la información adecuada, el entrometido viajero se cuela en el cotidiano ajeno, como quien se pinta a sí mismo en el contexto de una pintura. Como el amante experto que primero deshoja de vestiduras a la destinataria de sus caricias para luego incitar su deseo y conjurar cualquier retroceso, así se va adentrando el visitante avezado en las vidas de los amables extraños, protegido por su anonimato, por su casi invisible presencia, lograda a base de prolongados y adecuados silencios, leves gestos de asentimiento y pudoroso respeto a las costumbres ajenas.

Sin que el Narguile dejase de burbujear, y a medida que el ajeteo externo iba disminuyendo, haciendo más nítidas las deliciosas melodías de Fairuz, la sensual cantante libanesa, fueron desfilando en esas vocales profundas de la lengua árabe, los recónditos recuerdos de una infancia transcurrida entre seres anhelantes de una tierra perdida; de una tierra prometida, no existente en el imaginario religioso de una cultura ni allende océanos e inmensos territorios, sino de un territorio real, desesperadamente cercano e inaprehensible, como para permitir la festiva nostalgia de los emigrantes o la paciencia generacional de los pueblos de las diásporas.

Cuando el silencio caía de repente entre una canción y otra de la popularca cantante egipcia, Um kasum, las miradas de todos eran atraídas hacia la ventana para observar la lucecita titilante de la guardia costera israelí que se desplazaba monótonamente en la oscuridad de ese trozo de mar compartido. Al fondo, un racimo de luces anunciaba la presencia de animada vida en Eliat, la ciudad costera del Estado inexistente. En esos momentos el intruso visitante se sentía compelido a abandonar su cómodo anonimato, a develar su inocente aunque clandestina presencia, a confesar, en suma, su no muy lejano origen judío, y a dar incluso explicaciones que no le correspondían. Por fortuna, el lacerante efecto de ese té hirviente, cual metal derretido, sobre sus labios habituados a la bebidas sodas, sellaron su boca siempre a tiempo, convirtiendo la primera

letra de la eventual confesión en un suspiro que bien podría identificarse como de satisfacción por el sabor de la azucarada bebida o como un asentimiento solidario a la inquietud colectiva.

A pesar del triste tono de las confidencias, aquella reunión de camaradas de estudios no dejaba de ser una celebración alegre y festiva. A diferencia de otras culturas, los pueblos forjados en el desierto, al mismo tiempo hostil y protector, combinan con armoniosa simplicidad las alegrías y las tristezas en cortos lapsos de tiempo. Al no estar sujetos por otra parte al inevitable ciclo de placidez, euforia y depresión, característico de las étlicas celebraciones en Occidente, en esas reuniones no se pierde la conciencia del ser, ni se intenta profundizar en ella con otras armas que no sean el corazón abierto y el pensamiento lúcido.

Cuando la sentida reflexión sobre una difícil adolescencia vivida entre la segregación sexual y las exigencias religiosas y familiares iban cediendo a temas más delicados como el ansia de asumir la diáspora más audazmente y partir hacia el mundo, un sencillo cambio de música borraba muecas y dibujaba sonrisas. A la sonrisa seguía el canto, al canto el baile y al baile el abrazo, el abrazo masculino que Occidente ha perdido.

Al clarear el alba, los minaretes comienzan a emerger de la oscuridad y el canto del muecín vuelve a recordar la necesidad de orar al Creador antes de iniciar un día más de la temporal existencia. Leves gestos de culpa por parte de los que han abandonado la rutina de la ancestral costumbre, y una cierta tranquilidad en el rostro de Mohamed, quien ha orado a lo largo de la noche, con su rosario semioculto en los faldones de la chilaba.

Casi como un ritual, cuando ya sólo quedan las huellas de las semillas de girasol y las cáscaras de los pistachos, cuando ya casi se ha acabado el té y el último trozo de carbón se consume en lo alto de la pipa de agua, el muchacho jordano extrae de un cajón un casete negro, que coloca parsimoniosamente en el viejo aparato ante la agradecida pero grave mirada de sus colegas palestinos y el prudente silencio del viajero.

De repente un hondo gemido, agudo e intenso, surge de la singular caja en forma de canción y atraviesa la columna vertebral de todos los presentes.

Mientras las lágrimas resbalan por los ojos de Mohamed, el muchacho jordano pudorosamente traduce a mi oído la letra del lamento palestino procurando no romper la atmósfera del singular rito. El canto parece un llanto en el desierto:

“...No llores madre, que he de partir...”

Los negros ojos de Mohamed no se apartan del piso y su mano deja de mover el rosario.

“...Despídeme de mis amigos -dice la quejumbrosa voz que hiela el alma-, ellos sabrán entender...”

Los demás palestinos lloran en seco su dolor mudo, y todos parecen olvidar la presencia del visitante. El traductor no abandona su tarea, pero su voz se debilita en la siguiente parte:

“...y dile a ella, madre, dile, que no me espere...”

El tono lastimero del cantante se hace más y más marcado cuando canta la última parte de su lamento:

“...Porque si algún día he de volver, será para abonar la tierra palestina con mi cuerpo sin vida, tierra para hijos que no serán mis hijos, para nietos, que no serán los míos”.

Todos callan, el joven traductor también, pero el visitante ya sabe bien qué significa el estribillo que repite una y otra vez el cantante en su colectivo lamento:

“...y dile a ella, madre, dile, que no me espere, que no me espere...”.

Aqaba, 199...

VI. LA FAMILIA DEL INDIANO LLEGA A MADRID.

DEL VERDADERO REENCUENTRO DE DOS MUNDOS QUINIENTOS AÑOS DESPUÉS.

Uno de los acontecimientos más esperados en la vida europea de un indiano es la visita de su propia familia, aunque invitados nunca le faltan. Después de meses de recibir a los amigos de amigos del indiano, a los familiares de amigos del indiano y a los amigos de familiares del indiano, este comienza a pensar en la posibilidad de fundar un hotel para indianos.

Pero pasan los años y nunca llegan los que espera: su verdadera familia y sus cercanos amigos. No obstante, al principio la cosa tiene gracia y recibir otras familias resulta hasta entretenido. Esperar a los expresivos provincianos de su tierra natal en el aeropuerto es toda una experiencia para el indiano, aunque no siempre placentera. De hecho las inquietudes comienzan a acosar al futuro guía a medida que se va acercando al aeropuerto en el autobús especial que le privará de ir esa semana al teatro. Los malos presentimientos desfilan sin misericordia:

“Apuesto a que Doña Magola se trajo tres quilos de harina de maíz para hacer arepas y ya la estarán deportando por traficante de cocaína...”

“...Y donde les haya dado por venirse en un lechero, que para en todas partes, y en la escala de Londres les dé por desnudar a la abuela Leticia, que con excepción de las parteras y de su mamá nadie la vio sin ropa en sus 84 años, incluyendo su difunto marido, padre de sus 8 hijos...”

“...¿Será que trajeron al pirómano?”

“Apuesto a que no compraron dólares los muy brutos...”

“...Qué tal que no hayan sacado la visa de Francia y les toque quedarse aquí ¡todo el mes!”.

Ya al frente de la salida internacional, imaginándose la fila india de paisanos con pasaportes nuevos, haciendo cara de exiliados cubanos frente al funcionario de inmigración, el indiano se quiere devolver para su casa y romper la carta de anuncio de la inoportuna visita.

Cuando el indiano, en el colmo de la impaciencia ya, empieza a revolver las monedas en su bolsillo, tratando de recordar el teléfono del abogado

que por mil dólares por cabeza evita la repatriación hasta de Carlos el Terrorista, un sonoro grito de un paisano a su oído saludando a otros indios le devuelve a la realidad. Tras el barullo tradicional de sus compatriotas buscando las maletas a grito pelado, se abre la puerta automática y aparece la versión indiana de los Beverly Ricos.

Como en una pintura de Botero, en primer plano se ve a una rolliza señora cargada de paquetes de todos los tamaños, resoplando como un buey y mirando estupefacta el sencillo decorado del aeropuerto, un poco confundida por no encontrar en esos primeros centímetros de "Europa" la elegancia que le habían mostrado en la revista *Hola*, a la que está suscrita desde que las reinas eran princesas.

A continuación aparece el explotado financiador del paseo, con una cara tal de aburrición que cualquiera diría que le tocó viajar de pie. Empujando con parsimonia de un condenado a trabajos forzados el carrito de las maletas, va evocando con nostalgia sus plácidas y tradicionales vacaciones a la orilla del mar.

El tercer personaje infaltable no es la suegra, como muchos piensan. Estas señoras que antes se anexaban a las familias de sus hijos como vagón de ferrocarril, han obtenido con la modernidad una independencia que hasta sus nietos envidian. No necesitan a nadie y se bastan solas. No aceptan el explotador trabajo de cuidar niños a cambio de la comida que les empacan en los restaurantes a las jóvenes parejas "para el perro", y ni siquiera se dejan chantajear con un viaje a Europa. Cuando ellas quieren viajar, juntan sus ahorros y se van con sus amigas. Y eso sí, que no se pegue nadie de la familia.

El verdadero tercer personaje suele ser una tía de mediana edad, que en su soltería o viudez ha "juntado una platica" por todos desconocida, la cual "no le alcanza ni para vivir", pero que se multiplica como los panes cada vez que algún allegado organiza un viaje. Apenas da unos pasos en la zona internacional comprende que "no debió haber venido" y así se lo hace saber a sus estoicos familiares durante todo el viaje, cada cinco minutos.

En esta familia que visita al indiano, que no es su familia, pero que lo besuquea y jonjolea como si lo fuera, no pueden faltar la recién graduada a la que le apuntaron el viajecito como regalo de grado, y el adolescente patán que hubo que traer para que no fuera a quemar la casa en ausencia de sus padres.

Como de semejante familia no puede salir un auténtico indiano (palabra de indianólogo y que nadie se atreva a decir lo contrario), hay que recurrir al hijo de fulanita: "tan querido, que lo conozco desde que era así no más, y que, pobrecito, debe estar tan aburrido allá solito".

Ahí es donde aparece el indiano, con una sonrisa demasiado perfecta, como de maitre de restaurante en inauguración, cargando maletas, organizando dormidas, regalando mapas, haciendo de guía, y hasta cocinando y saliendo a las discotecas con el patán y su hermana. El día que se van, el indiano no puede disimular su alegría, sale corriendo del aeropuerto más contento que un preso en día de visita conyugal y se va esa noche de marcha por Huertas con sus amiguetes madrileños para celebrar con ellos las bondades de su autoexilio temporal, lejos de tanta gente pendeja.

Pero entre una y otra familia de estas, el indiano descansa recibiendo gente descomplicada que le alegra la vida, y a la que sí lleva arriba y abajo con entusiasmo de vendedor de apartamentos recién contratado. Alegres señoras octogenarias, que también con la excusa de ir a Tierra Santa se patean Europa con la vivacidad y la alegría de adolescentes escapadas del colegio, tíos trotamundos yendo o viniendo de algún lugar exótico o anfitriones de tierras lejanas a los que es un placer devolverles las amabilidades.

Pero el indiano sigue añorando la visita de su familia en pleno, y como no hay plazo que no se cumpla, tras invitaciones cordiales en postales, cartas, casetes y llamadas, al fin la familia del indiano llega a Madrid.

Lo primero que debe solucionar el indiano es la vivienda, pues normalmente el sitio donde vive es muy acogedor para la familia Adams,

pero prácticamente inhabitable para alguien que no sea un indiano tocado por la obsesión de vivir en Europa.

Entre el equilibrio presupuestal y la escasa oferta de vivienda barata, la única opción que le queda al indiano es alquilar un apartamento decente en un barrio no tan decente y procurar que nadie se dé cuenta de este detalle. Y funciona, por lo menos al principio, pues la familia del indiano, no muy al tanto del nivel de vida de la clase media baja en Europa, encuentra el barriecito hasta coqueto, "pues si hasta metro tiene", dice categóricamente el padre.

Un buen día la madre del indiano, encantada con el barriecito, decide caminar por él un domingo temprano para ir a misa y descubre por el camino que el parquecito con esa gente tan querida conversando todo el día es nada menos que el mercado más grande de droga al menudeo de toda la península ibérica, con todo lo que ello implica en términos de seguridad. Y si a alguno le queda duda, esa misma mañana anuncian por la radio que el Barrio de San Blas se está convirtiendo nuevamente en zona de frecuentes asaltos y homicidios.

Superado el impacto sobre la realidad del status social del indiano, la familia se apresta a disfrutar su estadía del mejor modo posible. Al indiano le encanta la idea, pero pronto descubre que el concepto de disfrutar Europa difiere ligeramente de un miembro a otro de su familia. Los planes que tenía el indiano están diseñados a imagen de sus gustos y pronto quedan archivados en la carpeta de los "ya veremos", desplazados por necesidades más humanas y terrenas para las que no estaba preparado.

En primer lugar está el tema de las compras. El indiano que por pereza y pobreza prácticamente no conocía más que dos o tres grandes almacenes, en cuestión de días recorre tantos centros comerciales en compañía de su madre, que empieza a pensar que vive en Miami y no en Madrid.

En cuanto al padre, que viajó a Europa para dejar de pensar en negocios, en una semana descubre ante los ojos del indiano la mina de oro que tiene a sus pies y estaba desperdiciando. Dondequiera que vaya ve una oportunidad de extender sus actividades comerciales a ultramar y no hay

amigo del indiano que no termine siendo un entusiasta socio del emporio hispano-colombiano que barrerá a la competencia en el mercado de los pasteles, los textiles, la finca raíz, los discos, los viajes ecológicos, el software, los pañales y los ataúdes.

Aunque al principio los españoles se sorprenden ante frases tan contundentes de este andino negociante, tales como: “definitivamente no hay mejor negocio que los ataúdes, pues el cliente nunca falta”, acaban cogiéndole el gusto a la monovisión mercantil propia de ciertos lugares de las indias occidentales, y terminan contestando con la misma seriedad: “¡pero hay que tener en cuenta que es un cliente que no vuelve!”

Así, luego de una mañana de recorrer una a una las boutiques donde presuntamente compran ropa las infantas, la Pantoja y la Presley, sin haber avistado a ninguna de ellas, y de una tarde preguntando si hay acciones a la venta de El Corte Inglés o si dan permiso para vender dulces típicos andinos a la orilla del Palacio Real, el indiano llega a casa para encontrarse con que su hermana, ataviada como si fuera a salir con un actor de cine, le está esperando para conocer la famosa Movida Madrileña. Las súplicas del indiano alegando una vocación de "nerd" de vieja data no le libran de sacudir el cuello como muñeco prestado, hasta las cinco de la mañana, entre humo y pisotones. Sólo la ocurrente idea de ir a la Ginés (no vaya a ser que la cierren y te quedes sin conocerla) le permite huir de esos infernales sótanos para ir a comprar El País Dominical en el quiosco de la Puerta del Sol y mancharlo de grasa de churros en la susodicha chocolatería leyendo a Savater, haciendo tiempo mientras abren el Metro para volver a casa justo para preparar la última gira de compras, nada menos que en el Rastro.

Además de sus particulares obsesiones, la familia del indiano también se dedica a los museos, parques y tabernas de rigor como cualquier turista. No obstante son unos extranjeros muy particulares, unos primos raros, que si no abren la boca pasan por locales. "No sé qué vamos a hacer con tanto extranjero", le dijo una vez una xenófoba madrileña en un autobús a la madre del indiano como si hablara con la propia Reina Sofía, ante lo cual la aludida se limitó a mirar asombrada a los africanos y la indignada señora creyó encontrar en tal gesto una aprobación silenciosa a su

inoportuno comentario y continuó su perorata contra los emigrantes de todas las nacionalidades.

De hecho la familia del indiano causa cierta decepción entre los españoles, muchos de los cuales esperan ver llegar poco menos que la banda de Celia Cruz o una comitiva de los últimos sobrevivientes de los incas, que lograron mandar un hijo a estudiar a Europa. El señorío castellano, conservado a pesar del paso de los siglos en muchos sectores latinoamericanos, la riqueza del lenguaje de los habitantes de los Andes, ya un poco ajena a los creadores del idioma, y las finas maneras adornadas con un toque de folclorismo que le dan un matiz naïf a esos primos lejanos, dejan agradablemente sorprendidos a los españoles cultos, y estupefactos a los incultos. Ese sí es el reencuentro de dos mundos, quinientos años después, que pasó inadvertido en la celebración del quinto centenario del descubrimiento, entre la retórica indigenista de unos y las inútiles justificaciones históricas de otros.

Aunque al final casi todas las familias de los indianos, que normalmente nunca van en invierno, dicen que les encantaría vivir en Madrid, lo cierto es que si para algo les sirve el viaje es para comprender lo bien que viven en las indias occidentales, con su eterna primavera y su mediterránea forma de vida en plenos Andes. A los españoles les cuesta entender por qué vuelven con tamaña alegría las familias de algunos indianos "al país más peligroso del mundo", y a estas les es difícil comprender por qué el indiano se aferra de tal modo a esa vida un tanto precaria. Nadie adivina que el indiano hace parte inevitablemente de ambos mundos y que por lo tanto jamás podrá habitar uno de ellos sin extrañar el otro.

VII. EL INDIANO EN PALESTINA, VÍA ROMA.

DE CÓMO ES ROMA LA QUE BIEN VALE UNA MISA Y JERUSALÉN UN DESVARÍO.

Más que los católicos de su tierra natal, el indiano es un fanático de la religión, o mejor, de las religiones. En cierta forma ese incesante ir y venir por pueblos y ciudades, admirando las manifestaciones religiosas en iglesias, mezquitas, sinagogas y templos de todo tipo, es una especie de homenaje a esos primeros turistas que fueron los peregrinos.

Aunque no tiene fama de devoto entre los suyos, a los familiares y amigos del indiano les parece lo más lógico que este decida viajar a la “Tierra Santa”, pues es la primera persona de su tierra de la que tienen conocimiento, que ha viajado a Jordania sin dignarse visitar Jerusalén.

“Lugares Santos. Viaje a Roma y Jerusalén, por el precio de un único boleto aéreo y encuentre la paz”. Esto decía el aviso de una librería católica en Madrid, que al parecer se había encartado con unos vuelos charter a Tierra Santa. La razón evidente de las muchas cancelaciones y de la consiguiente muy buena oferta al público creyente o no creyente consistía en que a los fervorosos cristianos, ya listos para el viaje, no les pareció muy oportuno a última hora ir a buscar la paz a oriente próximo en plena guerra del golfo pérsico.

Como no hay río revuelto capaz de desanimar a un indiano viajero escaso de recursos, unos cuantos días después, rodeado de unos pocos católicos que no leen mucha prensa y otros viajeros poco cautelosos, el indiano parte hacia Roma y Jerusalén (vía Amman).

Alentado por el ejemplo de Maqrol el Gaviero, que se las arregla para encontrarse con Abdul en cualquier parte del mundo, el indiano llama a un viejo amigo, asentado en Alemania, y lo invita a que se encuentren en Roma para una peripatética conversación largamente aplazada. Y helos allí, Trastevere arriba, Foro abajo, al par de indianos sufridos, midiendo esa ciudad tan llena de historia y ambientes, que se da el lujo de contener

en el mismo perímetro las ruinas de un antiguo imperio y el territorio íntegro de un Estado moderno.

El indiano residente en Alemania, en adelante Indiano Alemán, desde que estuvo en el colegio, y a pesar de su educación católica (él dice justamente que por ello), es un anticlerical de corazón y se niega a pisar suelo vaticano, “no vaya a ser que mi sangre se coagule al contacto con tantos siglos de ignominia”, dice, entre otras muchas sentencias propias de esos pseudoateos en el fondo profundamente religiosos.

Por mucho que lo intentó, no hubo argumento que le sirviese al indiano viajero para llevar al Indiano Alemán a la ciudad del Vaticano, pues aunque confundidas las fronteras de este diminuto Estado con el resto de la caótica Roma, el remisero turista se negaba, mapa en mano, a tomar ciertas calles que ya “olían a sotana”.

“Sabes que ya arreglaron la Pietá”, dice el indiano como quien no quiere hablar más del tema. “Un loco anticlerical la había tomado a golpes, pero ya está reparada y muy bien vigilada. Ya nadie se atreverá jamás a cometer una herejía semejante”.

El Indiano Alemán no contesta, pero sus ojitos grises brillan intensamente al oír esta historia, mientras simula estar ocupado comiendo su helado y mirando las chicas en la Fontana di Trevi.

Un poco arrepentido de la rápida efectividad del truco, el indiano observa cómo su amigo, repentinamente interesado en fotografiar a los guardias suizos, compra en un taller de chatarra una larga barra de metal oxidado, para auxiliarse con ella a modo de bastón, camino del Vaticano.

A las puertas ya del majestuoso templo católico, el Indiano Alemán pregunta ansioso por la escultura en cuestión, como si toda la vida hubiese añorado contemplar directamente las obras de Miguel Ángel, y se dirige a ella simulando una cojera muy acentuada, poco verosímil, pero que les franquea a ambos el paso hasta el frente mismo de la inerme obra de arte.

“Si milagros hay, este es el momento de uno”, se dice el indiano viajero, tratando de recordar los teléfonos en su tierra natal de los padres de su amigo de infancia, mientras este mira con ojos frenéticos la santa imagen, como eligiendo el sitio para su infame cometido.

10, 9, 8, 7, 6, cuenta el indiano viajero mentalmente, excusando su pasividad en la ausencia de una intervención divina, cuando una poderosa voz en italiano, proveniente de una enorme sombra negra de tela y coronada con una roja y redonda cabeza les hace dar un respingo y retroceder dos pasos. Sendas y gruesas manos se apoderan de los indianos cuellos y trasladan a sus dueños pausadamente al frente del altar mayor.

Mientras el indiano viajero analiza el nivel de confort de los calabozos vaticanos, el gordo sacerdote va hablando todo el tiempo en esa lengua aparentemente fácil que casi inventó Manzoni, pero que el par de indianos sólo han oído antes, y sin entender, en las óperas de Donizetti o en las películas de Visconti.

Los indianos son conducidos hasta cerca del altar, en frente de una sencilla mesa con ornamentos, cálices y demás elementos para el culto católico, donde el rollizo padre les felicita por la devoción que les notó ante la imagen de la Piedad, y les ofrece en recompensa la posibilidad de arreglar la mesa.

Los indianos se miran entre sorprendidos y aliviados, y contestan lo que les enseñaron en su católico colegio cuando un sacerdote les pedía algún servicio: “sí padre”. Con la esperanza de que tras arreglar la mesa pudieran escurrirse de la ceremonia, el indiano viajero toma el hostiario para reubicarlo y lo propio hace el indiano alemán con el agua bendita, cuando súbitamente comienza a tocar el órgano y se dan cuenta de que su labor es ser monaguillos en una gran celebración papal.

Casi sin entender cómo, son empujados amablemente por su benefactor hacia el centro de la iglesia al ritmo de la música, mientras los piadosos muchachos venidos de todas partes del mundo los miran con cristiana envidia por su magnífica suerte.

24 obispos, catorce cardenales y creo que hasta el mismísimo Papa estaba allí celebrando la misa en honor de algún santo muy querido, a juzgar por la muchedumbre presente. Y el Indiano Alemán, iconoclasta hasta los huesos, anticatólico por definición, llevando el agua bendita con extremo cuidado y temor, como si fuese plomo derretido a punto de derramarse en sus manos.

“¡Con que arreglar la mesa!”, dice el Indiano Alemán entre dientes a su compañero, que va adelante con las hostias.

“Ahora que caigo, mesa en italiano debe ser misa, porque mesa se dice es tabula en latín”, contesta el indiano viajero, sintiéndose muy inteligente.

“La madre que te...”. Pero el indiano viajero ya no le escucha, pues el coro comienza a cantar, mientras el par de devotos monaguillos se desplaza en un ridículo pasito de inexpertos católicos por entre multitudes de fieles que les abren paso y los miran con fervor.

Días después, en el aeropuerto del que sale su amigo para Amman, el indiano alemán, ansioso por regresar a Munich, se niega rotundamente a ceder a las insistencias del indiano viajero para continuar juntos hacia Jerusalén y dejarse llevar por esa extraña peregrinación no planeada. Para colmo de males, la experiencia vaticana ha llenado de dudas sobre su radicalismo antirreligioso al indiano alemán, a tal punto de haber aceptado también visitar Subiaco en las afueras de Roma, la cueva donde San Benito decidió fundar la primera orden monástica europea, la de los benedictinos que educaron al par de indianos en su ciudad natal.

El indiano viajero, por su parte, tampoco se siente muy animado a enfrentar más experiencias de este tipo sin que medie alguna variedad, y decide aprovechar que el charter está contratado para ir por Amman, y decide allí cruzar la frontera hasta Jerusalén, para variar un poco los planes.

Por no querer cambiar la imagen mágica que tiene de Jordania en un viaje anterior, decide más bien ir a Siria y a Líbano, antes de dirigirse a

Jerusalén, para hacer coincidir además los cinco días de su visita a la disputada ciudad con la Semana Santa cristiana.

En efecto, en el suntuoso hammam de Aleppo, donde además de bañarse y recibir masajes el indiano puede darse el placer de fumar Narguile y escuchar melodías árabes durante tardes enteras, el viajero se recupera de las interminables caminatas romanas y del susto vaticano.

Pero después de recorrer asombrado a la afrancesada ciudad de Beirut y verla surgiendo como un Ave Fénix de entre sus cenizas, el indiano escucha que hay una gran manifestación en Hebrón, por lo cual es posible que se cierre la frontera con Jordania unos días, y decide regresar pronto a Amman para atravesar al fin la Cisjordania rumbo a Jerusalén.

Una vez en Al Quds o Yerushalayim, el indiano hace amigos musulmanes en el mercado y judíos en los museos; cada cual da su visión de la historia, pero ambos vaticinan negros días para la paz.

Un poco habituado a ese tipo de tensiones en su patria chica, el indiano desecha la propuesta de la compañía aérea de abandonar Israel antes del día de aniversario de la Intifada (grupo terrorista opuesto a la presencia de los judíos en Palestina), y se dedica, Biblia en mano, a recorrer los mil sitios claves de la Ciudad santa de las tres grandes religiones monoteístas.

Siendo el viernes santo el día en el que se celebra con tristeza la muerte de Jesucristo en todo el mundo occidental, para alguien educado en una religión cristiana es de singular trascendencia encontrarse en esa fecha en Jerusalén, y en la mismísima vía dolorosa, que tantas veces vio reproducida en su infancia en distintos parajes andinos.

Situado al borde del arco de Ecce Homo, el indiano observa asombrado cómo, ante la mirada indiferente o escéptica de los mercaderes musulmanes, un muy reducido grupo de católicos alemanes casi ancianos recorre el Via Crucis por el que Jesucristo avanzó con su pesada cruz según la tradición.

Le llama la atención al indiano cómo en esa parte del mundo los cristianos no dejan todavía de ser una secta extraña y periférica, y así lo comprueba luego hablando con los mercaderes, quienes le explican cómo la religión de Occidente pasa allí por politeísta por creer a la vez en tres dioses, y por antropófaga porque sus seguidores ingieren simbólicamente el cuerpo y la sangre de uno de esos dioses en cada celebración.

La Vía Dolorosa sigue haciendo parte del laberinto de calles que conforman la antigua Jerusalén, y por ello no es gratuito el encuentro de simpatizantes de varias religiones en cualquier esquina. Pero es viernes santo, el más importante para los cristianos, y además el viernes sagrado de los musulmanes, exaltados por añadidura por la cercanía del aniversario de la Intifada, el movimiento palestino de protesta que rechaza la existencia del Estado de Israel.

Los unos yendo para el Domo de la Roca, segundo lugar sagrado en su religión después de la Meca, y los otros para el Santo Sepulcro, espacio de la más alta significación en la suya, se encuentran en pleno Via Crucis y ninguno encuentra legítimo detenerse en honor de otras creencias. La tensión crece a cada segundo. El Indiano guarda el aliento, esperando el desenlace. ¿Qué partido tomar? Dos o tres judíos, que van también para el Muro de los Lamentos, pues es la Pascua en su propia religión, reconocen su minoría y buscan otro camino.

De repente un grupo de soldados israelíes llegan con sus modernas armas al pecho y bloquean el paso a los musulmanes. Ellos, los judíos, son altos y de una tez muy europea, los otros, habitantes desde siempre de esa región, son bajos de estatura, de piel blanca algunos, pero claramente diferenciados de todos los demás, incluido el indiano. La situación es humillante, pero la cara de frustración no se convierte en violencia en los musulmanes. Ya habrá tiempo para ello, parecen decir los ojos de los que reciben el contacto de las frías armas sobre sus brazos.

La procesión cristiana continúa su paso, y siendo pequeña, pronto el camino queda despejado para los palestinos. Pero el indiano observa cómo un anciano alemán se queda atrás al parecer para agradecer la deferencia a los soldados, y se queda mirando fijamente a uno de ellos, como si le

conociese. El rubio judío sonríe incómodo pero mantiene su rígida posición castrense con la mirada en la distancia, en tanto el alemán se eleva en su vejez para admirarle mejor el rostro.

La palidez del Alemán parece acentuarse y se ve cómo un sudor extraño en esa fría mañana se apodera de su rostro, como si fuera a sufrir un ataque cardíaco. Cuando una robusta señora germana intenta moverlo de su sitio el hombre se resiste al principio, y luego se incorpora automáticamente a la procesión, repitiendo por lo bajo unas palabras en alemán incomprensibles.

La extraña secta de los cristianos desaparece entre los vericuetos de la ciudad disputada, y las religiones dominantes toman nuevamente posesión del pesado ambiente. Profundamente intrigado por el extraño encuentro del Alemán y el Judío, el indiano decide sentarse en un salón de té, a fumar un narguile y pensar en la cuestión.

Tan abstraído está en esta reflexión, que el indiano olvida llevar la boquilla personal y recordarle como siempre al camarero que no coloque tabaco de Bahrain, cuyo fuerte olor siempre le hizo sospechar de la presencia de algún alucinógeno. El té caliente le reconforta de la misa cantada de tres horas de duración que le tocó obligatoriamente escuchar en la mañana, por no saber la costumbre armenia de cerrar las puertas del templo hasta la conclusión del prolongado rito.

Sin darse cuenta de la situación, el indiano va cayendo en una especie de adormilamiento reconfortante y obnubilador, al que no está acostumbrado por su ortodoxa posición contra el uso de sustancias perturbadoras del cerebro. Se ve a sí mismo saliendo un poco tambaleante del salón de té, dejando un billete que supone más de 7 dólares de propina, y perdiéndose por entre el Barrio Cristiano.

Sin saber por qué llega al Suq el Lahamin, donde ve al rubio soldado que perturbó al Alemán, y a este último, en un recodo espiándolo con ojos asustados y mirada casi de loco. El anciano germano agarrándose la cabeza como un poseso sale casi corriendo en dirección a la puerta del León o de San Esteban, y el indiano se ve a sí mismo siguiéndolo, hasta

verlo entrar en un iglesia cercana a la segunda etapa del Via Crucis: “la Condenación”. El alemán llora ante la admiración de las pocas devotas que llevan varias horas sin lograrlo, y el indiano intoxicado, visiblemente pálido y mareado se observa refugiándose en un confesionario y abandonándose al sueño.

De súbito, una voz germana, de hombre anciano, quebrada por el llanto, entra en su sueño y le pregunta en varias lenguas qué idioma habla. El indiano, en ese momento está soñando, o alucinando, que se encuentra de incógnito en una nave portuguesa que bordea el África en busca de una ruta para las indias, haciéndose pasar por marino de esa nación y emborrachándose en el camarote del capitán. Cuando Vasco da Gama le pregunta, ¿en qué año estamos, 1497 ó 1498? El indiano le contesta, en portugués con “sotaque” (acento) brasileño, que no se preocupe de minucias y continúe con su relato.

“Fala portugués”, dice el alemán, al escuchar esta lengua, con la que está familiarizado.

“Falo”, dice el indiano, nervioso de que el futuro virrey de la india reconozca su engaño, aun en medio de la borrachera de oporto.

“Yo lo hice”.

“¿Qué hiciste?”

“Era él”.

“¿Quién?” (“este dolor de cabeza me mata”, piensa el indiano en español.

“¿Sueño o vivo?”)

“El muchacho soldado; fue hace medio siglo, pero yo lo maté”.

“¿A quién dices?”, contesta el indiano despertándose.

“Era el mismo, no puede ser”, continúa el alemán.

“¿Lo mataste o no?”

“A él no, pero tiene que ser su hijo o su nieto; son como dos gotas de agua”.

“¿Dónde carajo? (largo silencio).

“Tre... Tre...”

“Ánimo...”

“Treblinka”

“Ah...”

“¿Me absuelve, padre?” dice el anciano envuelto en llanto.

“No puedo”.

“¿Qué hago entonces?”

“Audiencia con el Papa. Hay lista de espera”.

“¿De cuánto?”

“Veinte años”. (Carcajada y silencio).

“Tengo 91, padre”.

“mmm...” (Profundo silencio).

“¿Padre?”

“Sólo hay una solución”, dice el indiano, que se cree liberado del alucinógeno tabaco de Bahrain.

“¿Cuál?”

“Adopta un niño palestino, críalo como judío en Nueva York, que se infiltre en el Mosad y organice la venganza del pueblo judío contra Alemania. Una bomba nuclear en Berlín, por ejemplo. Luego los europeos destruirán Israel y tu estarás salvado en las tres religiones. Chao viejo”.

A punto de traspasar, el indiano se pierde por las calles de la ciudad antigua, preguntando con su verde cara, a todos, cosas que nadie entiende: “¿Podría decirme dónde está la puerta de Damasco, señora? No, no soy portugués, ni estoy borracho, ¿Que por qué hablo portugués? Porque se me antoja. Niño, venga, mira estos 5 dolaritos, puerta de damasco, Damascus Gate, Joder, ¿hotel qué?, no, qué hotel, pensión Bethalem o algo así”.

El indiano, no más llegar a su modesta pensión y refugiarse en su saco de dormir, cae en un sueño profundo durante 16 horas, durante las cuales hace varias vueltas al mundo con Magallanes, que le habla en alemán y lo invita a matar al judío de Cook dos siglos después en plena Vía Dolorosa.

Al despertar, el indiano no sabe qué soñó, qué fue alucinación por el “tabaco”, y qué vivió de todo aquello. Se asoma por la ventana y comprueba la primera hipótesis, que sí está en Jerusalén. Sale a caminar, con la esperanza de encontrarse al alemán, al soldado judío, a Magallanes o a Cook, pero ni siquiera encuentra al simpático vendedor de falafel, ni a los cambistas de la parte árabe. La ciudad esta muerta. No hay nadie. ¿Será otro sueño? Mejor regresar a la pensión y preguntar.

“Intifada`s day”, dice el joven administrador de la pensión, mostrándole desde la terraza la ciudad de Jerusalén desierta. “En cuatro horas cierran la

frontera y ningún autobús se atreve a moverse hacia la Cisjordania”, oye decir el indiano a un joven mejicano, que al parecer no tiene prisa.

“La alternativa es quedarse una semana más en esta ciudad que me está enloqueciendo o llegar como sea a la frontera antes de cuatro horas para no perder el charter”, se dice el indiano. Echándose a la espalda su morral y no muy seguro de si se trata de la continuación de sus extraños sueños, se dirige sin miedo a la estación de microbuses por las desoladas calles que rodean la muralla.

En efecto no hay transporte público, pues a los palestinos les tienen prohibido el paso por la frontera desde el día anterior. Muy pocos coches particulares circulan, pero el indiano alcanza a ver una fila de sacerdotes abordando un pequeño autobús con el escudo del Vaticano pintado en uno de sus lados.

Sin pensarlo dos veces el indiano se devuelve a la pensión, se afeita correctamente y saca de su morral una camisa de manga larga, que un amable palestino le alisa por un dólar, y se la abotona hasta el cuello. Luego se mira al espejo recordando la impasible cara de poker de un sacerdote familiar suyo, y se lanza a la calle tomando el morral como si fuera un maletín.

Con la misma seguridad con la que se colaba a los conciertos de Plácido Domingo en el Teatro de la Zarzuela durante los intermedios, se aproxima al autobús y lo aborda lentamente pero sin preámbulos, repartiendo a los ya impacientes pasajeros una de esas sonrisas mínimas que vio hacer a su tío sacerdote tantas veces en las largas caminatas por las montañas andinas de su tierra natal. En el fondo alcanza a ver a una señora con una cara de madrileña indiscutible y se dirige hacia ella, ya con el conductor tras él para pedirle el pasaporte del vaticano. Cuando se acerca a la monja, esta sonrío bajando la cabeza como se acostumbra, pronunciando el consabido “Virgen Santísima”, a lo que el indiano contesta “sin pecado concebida”, y se sienta discretamente en el asiento del lado opuesto. Una rápida mirada entre el árabe que conduce el autobús y la rolliza mujer basta para que aquel decida no perder tiempo con el sacerdote que le había inspirado una

leve sospecha por no llevar, como todos los demás, un maletín de cuero negro o café consigo.

Ya en la frontera Israelí-Jordana, una verdadera trinchera de guerra en medio del desierto, el indiano abandona la comitiva vaticana, a la que le espera un autobús idem del lado jordano, y se revuelve con los otros viajeros laicos para dirigirse por su cuenta a Amman. En la capital jordana tampoco obtiene la tranquilidad, pues su presencia comienza a ser muy familiar en los pequeños restaurantes que frecuenta, e incluso por su asiduidad a los hammam comienzan a verlo como si fuera un agente del servicio secreto israelí, pues es raro el turista que visita esa ciudad repetidamente, y ese perfil de nariz pronunciada no les inspira mucha confianza.

Observando el Valle del Jordán desde el avión charter de los peregrinos, y con algunos kilos de menos por tantas emociones y carreras, el indiano decide que ya es hora de planear un viaje de visita a su propia tierra, cuyo exuberante paisaje verde quizá le ayude a dejar de soñar con esos locos navegantes portugueses que le hablan en alemán de magnicidios anacrónicos y de culpas impurgables, y con ese indiano de Munich que le persigue por la laberíntica Jerusalén para que le compre una pequeña Pietá mutilada.

VIII. EL INDIANO VIAJA A SU TIERRA NATAL.

DE CÓMO UNAS VACACIONES EN CASA PUEDEN TRASTORNAR A CUALQUIERA.

Por muy viajero que sea el indiano, y muy crítico de los indianos que estúpidamente pasan todas las navidades en su patria de origen en lugar de aprovechar estar viviendo esos años en Europa para conocerla, al indiano trotamundos también le entra la nostalgia un día de crudo invierno sin calefacción y se larga a su tropical tierra natal, cancelando con algún pretexto sus proyectos viajeros.

Podría entonces relatar la historia de las vacaciones que toma el indiano para descansar de su autoexilio europeo en el país exótico que lo vio nacer ¿Pero quién podría resistir el relato de una mente sobreexitada y nostálgica, describiendo, por ejemplo, la celebración del día de la Inmaculada en Colombia, en el que las familias encienden decenas de velas a la entrada de sus casas, como el gran rito seudopagano de las modernas indias occidentales?

¿No sería ridículo ver a un nativo retornado, haciendo de visitante europeo en su propia tierra y describiendo la vieja finca familiar como "envolvente y embrujadora manigua, poblada de mágicos sonidos guturales", o "verde sobrecogedor que inunda los sentidos de aromas transportados por inquietos, cromáticos y minúsculos sauros"?

Definitivamente no le luce hablar de los parques naturales con ensoñación y sorpresa de viajero colonizador a quien se ha criado en un país tropical, organizando candeladas (léase incipientes incendios forestales) en las montañas de su vecindario, viendo cómo siempre ganaba la batalla la exuberante maleza tropical.

Quizá el relato fuese por lo menos entretenido si incluyese en él aventuras eróticas presuntamente vividas en los distintos parajes indianos. Pero quién le va a creer que en una fiesta popular alguna "morena de 15 años" sucumbió al roce de sus dedos. O que "en el transparente azul del mar caribeño descubrió entre las escuelas de pececitos de colores una joven

sirenita, igualmente caribeña, que consintió sus besos submarinos y sus absurdas ocurrencias".

Es más: en cada sitio que haya visitado, el indiano tendría que incluir, como si se tratase de una película del indespeinable 007, un encuentro o reencuentro casual que terminase entre sábanas y suspiros, y que concluyera con algo así como "pasaron varias noches en una hamaca al raso, mirando las estrellas, mecidos por la brisa tropical y arrullados por el murmullo del mar, del que cada mañana arrancaban ilusionados el esquivo fruto de las impetuosas manos de Neptuno".

Pero más que excitantes historias pseudoamatorias y flirteos de pubertad trasnochada o incluso bellas y cortas historias de amor, para poder describir sin peligro de no ser leído el viaje del indiano a su patria suramericana, tendría que recrear una más compleja novela en la que lo describa como: "capturado para siempre por una mirada enamorada, que lo dejó atado cual Prometeo a la piedra de la lejanía, mientras es devorado una y otra vez por las negras y rapaces aves del deseo y la ausencia".

¿De qué hablar entonces en este relato del indiano en su tierra, si no es de viajes ciertos y romances inventados? Pero el indiano, como no es un viajero cualquiera, no es tampoco un turista típico en su tierra. Al indiano no le acompaña esa serenidad propia del viajero europeo, que se pasea con aire de propietario ausentista por los sitios más exóticos, analizando si conviene hacer de "aquellas tierras de nadie" el sempiterno lugar de sus vacaciones. Pero tampoco es un indiferente local que se confunde en su primitividad con la selva, llamándola maleza, y con la diversidad cultural considerándola revoltillo social.

El indiano, por el contrario, llegue donde llegue, es un ávido conocedor y un epicúreo catador de realidades. Arriba a cada paraje diferente con la fascinación pintada en los ojos, aunque se trate de un desértico paisaje manchego habitado por un destartalado molino de viento. Desciende con paso victorioso de los económicos autobuses de excursiones para jóvenes con la urgencia de una posesión integral, inmediata y definitiva de cuanto le rodea, y quiere hacerlo a través de todos los sentidos. Es así como, por ejemplo, el Campo de Criptana donde el Quijote se enfrentó a los

gigantes, que eran molinos con inmensas aspas, se convierte con la llegada de los indios en campo de exploración científica. Un grupo de chilenos se entretiene analizando la textura de las paredes de los molinos, el veterano scout colombiano mide el terreno con sus pasos, los brasileños ensayan a calibrar la fuerza del viento con sus cuerpos y algún venezolano otea el horizonte llano imaginando las huestes de sus antepasados bereberes. Aunque a veces no falta el indio que arranque un pedazo de aspa para su colección de atentados al patrimonio histórico, en general la llegada de un ejército de turistas indios a los sitios históricos más bien parece el descenso de extraterrestres ávidos de conocimientos a un planeta soñado por milenios, que un simple paseo dominical.

Por ello cuando el indio viaja a su tierra, llega a ella con esa pasión por el conocimiento directo de los lugares históricos y la percepción inmediata de los paisajes y de la diversidad cultural, y recorre una y otra vez los sitios ilusionado con la idea de redescubrir con nuevos ojos una realidad que le fue difícil apreciar antes de tener fuertes elementos de contraste.

El indio vuelve finalmente a sus estudios en Europa, asegurando que sobrevolar el Himalaya, la más alta cordillera del mundo, no es tan emocionante como contemplar desde el avión la Sierra Nevada de Santa Marta en Colombia, el monte nevado más alto del mundo a la orilla del mar o los imponentes y helados Andes que se divisan al volar entre Santiago y Buenos Aires.

El indio volverá muy seguramente a su adorado Sahara Marroquí o Tunecino, pero defenderá con su palabra que existe un desierto al otro lado del océano, el de Atacama en Chile, aun más árido que aquel y mucho más parecido a la luna, toda vez que carece de cualquier tipo de vida animal. Sostendrá que no hay en Sevilla ni en toda Andalucía tal cantidad de mansiones, con profusión de balcones volados, majestuosos espacios, espléndidos jardines interiores, robustas paredes y enormes portales, como las que se pueden visitar en la colonial "Cartagena de Indias".

Si la prosopopéyica amabilidad portuguesa lo había asombrado, o la gentil humildad de los hindúes, o la religiosidad de un musulmán durante el mes

santo del Ramadán, o la obsesión por sobrevivir a toda costa de los marroquíes, o el empeño laboral de los germanos, o el gusto por el buen vivir de los pueblos mediterráneos, al indiano retornado le parece que todo ello lo puede ver en su país, con sólo salir a la calle, caminar unos cuantos metros, tomar un taxi, comprar cualquier artículo de venta ambulante, preguntar una dirección y hablar con un pariente o conocido.

Al no ser un viaje de retorno definitivo sino una visita al país de origen, esas vacaciones suponen para el indiano una mágica combinación de emociones contrarias e intensas. Regresa a su ya segunda patria con la íntima convicción de que, concluidos sus estudios, no debe existir dilación alguna para retornar de manera permanente a aquel paraíso terrenal que ha redescubierto a través de sus gafas de turista próspero. Vuelve trastornado por la mágica ensoñación de los reencuentros esporádicos y atrapado en la plácida complacencia de su propia prodigalidad de estación veraniega, y sucumbe ante la misma fiebre americana que trastornó a sus antepasados indianos desde la primera generación llegada al Nuevo Continente.

Lo primero que descubre el indiano en vacaciones en su tierra, es que se debió haber ido antes para que lo trataran así al volver. Como dejó de molestar unos cuantos meses y es casi seguro que se va en unas cuantas semanas otra vez, el indiano es recibido como un rey de Europa del Este que regresa del exilio a su país tras la caída del comunismo. Los amigos burleteros se vuelven melifluos escuchas de sus relatos, los parientes escépticos le obsequian con aprobadoras sonrisas, y las mujeres...bueno, eso son fantasías del indiano que no merecen ser contadas. ¿Cuándo iba a pensar el indiano que algún día su gran placer sería pasar una navidad sin frío, viendo películas sobre la nieve, y sobre todo que disfrutaría la insoponible fiesta de fin de año, rodeado además de los borrachitos que siempre detestó?

Con absolutamente ninguna obligación, automóvil disponible tras meses de peatonalidad obligada, y un poco de moneda extranjera ahorrada para “dilapidar”, el indiano no se cambia por nadie durante esas vacaciones. Aunque se sonroja cuando le llaman doctor después de haber escuchado tantas veces el ibérico “¿tú qué quieres?”, se deja abrir la puerta por los empresarios del “biencuidadito” (vigilantes voluntarios de automóviles en

las calles), y se regodea en las excesivas atenciones de camareros y dependientas, convencido de que tanta amabilidad es imposible por el solo interés comercial.

Pero el “sueño americano” se rompe cuando pasadas las fiestas navideñas y de fin de año, todo el mundo vuelve a la realidad de lo cotidiano y el indiano se ve a sí mismo sentado en un café vacío sin con quién conversar ni saber qué hacer. Comienza entonces el patético peregrinar del orgulloso estudiante europeo por las oficinas de sus excompañeros. Ni uno solo desempleado, cuál de todos más boyante, más lleno de acaramelados hijos, y más convencido de que la vida es ante todo y sobre todo “hacerse a un patrimonio” para uno y para la descendencia. Ya no son ayudanticos de otros abogados, como cuando el indiano se fue, sino empresarios del derecho con su propia corte y agendas repletas.

Afortunadamente con sólo entrar el indiano al despacho, el jurista circunspecto por sus muchas obligaciones se transforma en el acto en el compañero afable de antes, repitiendo anécdotas estudiantiles sin ocuparse del tiempo ni de los guiños de afán de la secretaria. Encomia el espíritu aventurero del indiano y denigra con aparente sinceridad de la parafernalia material de la que se ha rodeado. El buen abogado por nada del mundo cambiaría lo que tiene, pero se esfuerza en mostrarse triste por no haber podido cumplir sueños de viajero como los de su visitante, y le confiesa al oído que los equivocados son ellos, los que se quedaron, y no él.

A pesar de las muestras de envidia y admiración, al indiano le queda de todos modos un mal sabor de boca, al ver que su mundo se ha transformado tanto en su ausencia. Comienza a sentirse como si se hubiese quedado dormido una noche y despertado años después, siendo él el mismo y los otros no. Una cierta aprehensión por su futuro profesional se apodera de él, lenta e imperceptiblemente, como el retiro de las aguas en el ya olvidado Código Civil que, como el resto de lo que estudió años atrás, o lo ha olvidado, o ha sido barrido por sucesivos huracanes legislativos. Comprende que de poco le servirá ya si se dedicara al derecho y abandonara su sueños indianos.

Pero cuando el retornado temporal comienza a pensar seriamente en recortar sus estudios y volver a su tierra definitivamente antes de terminar su tesis doctoral, como casi todo el mundo hace (y nunca la acaban), un generoso indiano retornado, arrepentido de haber tomado tal decisión en su tiempo, lo toma del brazo, lo lleva a los juzgados y lo deja allí dos horas esperándolo mientras hace sus diligencias. ¡La cura es milagrosa! El indiano se promete a sí mismo no volver hasta que no lo echen de Europa o le sea imposible alargar por más tiempo la finalización de la dichosa tesis. Deja a sus comprensivos amigos ocupados en la construcción de sus castillos de bienestar y se lanza a recorrer en los días que le quedan la selva y costas de su país, las ciudades coloniales y las caóticas urbes llenas de vida, con la fascinación del viajero europeo y un cierto orgullo patriótico, de ese del que más o menos se burlaba antes.

Todo ello influye en que años más tarde vuelva a su país de origen, cargado de diplomas y postales, y descienda parsimoniosamente del avión con el sentido aire bonaerense del relamido tango "volver", sin prever siquiera remotamente todo lo que significa ser un indiano retornado en su país de colorines. Pero eso sin duda hace parte de otro relato en la vida del al mismo tiempo ingenioso e ingenuo abogado de provincia.

IX. EL INDIANO OCCIDENTAL EN LAS INDIAS ORIENTALES. DE ELEFANTES, SANTONES, TEMPLOS ERÓTICOS Y DIOSAS VIVIENTES. EL VIAJE DEL INDIANO AL MUNDO DE KIPLING.

Para el indiano que va a vivir a Europa por unos años, a pesar de la relativa cercanía, Oriente sigue perteneciendo más al mundo de la fantasía literaria que a una realidad existente en un espacio determinado. Ir a la India, se convierte con el tiempo en el nuevo sueño inalcanzable. Algunos indianos viajan al Magreb desde las metrópolis europeas, para aproximarse a ese sueño oriental, e incluso algunos llegan hasta Turquía o Jordania. Pero eso no hace más que aumentar sus ansias de llegar a las indias, solo comparables a las de los navegantes portugueses que bordearon el África paso a paso durante décadas hasta alcanzar el soñado Oriente.

Durante los años setenta y ochenta, y aun hasta hace poco, la India se vio invadida por una multitud de desencantados occidentales, que se llamaban a sí mismos viajeros y peregrinos. Ansiosamente buscaban diferenciarse de los bisoños turistas de pantalón corto y medias blancas hasta la rodilla, mediante el expedito sistema de dejarse crecer el cabello y la barba desproporcionadamente, hasta confundirse con los "Santones" o auténticos peregrinos hindúes, que al llegar a la ancianidad abandonan su hogar para irse desapareciendo de lo terrenal y prepararse para la transición a otra vida.

Entre los visitantes santones de cabello rubio y ojos azules, provenientes de la aburrida Escandinavia o de algún soso centro urbano de los Estados Unidos, por supuesto que hubo más de un inspirado suramericano.

Aunque el viaje a la India para algunas familias latinoamericanas fue la manera más rápida de librarse del incómodo pariente al que consideraban un adolescente treintaero, y hasta colaboraron para el pasaje y gestionaron la visa, para los embajadores latinoamericanos se convirtió en un dolor de cabeza.

Los pobres suramericanos se dejaban influenciar por los representantes de la Nueva Era del Primer Mundo, quienes publicaban prolijos libros sobre

su experiencia liberadora en la India, en la que supuestamente vivían ajenos a las necesidades humanas. Inspirados en esa espiritual imagen de la India, los ingenuos latinoamericanos viajaban al subcontinente con lo puesto y los 20 dólares que alguna cuñada prudente les escondía en el estuche de las gafas.

En un país donde la pobreza es tanta que los miserables viven de las migajas de los pobres y los más miserables de absolutamente nada, el indiano no tardaba en darse cuenta, al igual que el propio Buda, de que quizá el camino de la privación total no es el de la verdad, sino el de la inanición.

Así, con la piel pegada a los huesos, la cara chupada por el hambre y tostada por la peregrinación, los pies hechos un desastre y unos mínimos harapos para cubrir la triste figura, decenas de indianos se presentaban en sus embajadas para implorar su retorno, ante la estupefacta cara de los agentes diplomáticos, que veían poblar sus jardines de aquellas sombras humanas a la espera de que algún familiar accediese a enviarles el tiquete de regreso.

Pero, ¿por qué los peregrinos europeos y norteamericanos nunca llegaron a tan deplorable estado y sí los viajeros indianos? De hecho muchos de esos indianos nunca supieron el secreto de la prolongada peregrinación de sus leidísimos maestros del primer mundo. Es que nadie les explicó que entre las sandalias de llanta recogida en algún basural, los peregrinos europeos y gringos solían llevar una pequeña y muy útil salida de emergencia, con la cual, como en las películas de espías, el héroe superaba a última hora los obstáculos más infranqueables. Si a algún otro latinoamericano se le ocurre hoy en día irse para la India en plan de iluminación y sin un dólar en el bolsillo, le recomendamos fervientemente que, al igual que los peregrinos europeos en la India, no olvide llevar su American Express.

La mayoría de esos indianos, al retornar a sus hogares, parecían en verdad haber sufrido una transformación interior, aplaudida al unísono por los defensores del sistema que antes los atacaban. Muchos fundaron sus propias empresas o administraron con éxito las de sus parientes, alguno se hizo un célebre tratadista de derecho constitucional, y los más listos

montaron academias de yoga en las que transmitían a estresados ejecutivos de corbata aflojada y brillantes zapatos de charol, su sabiduría adquirida a punta de meditación, pero sobre todo de física hambre.

Pero nuestro indiano viajero no tiene la absurda pretensión de alcanzar en pocas semanas el nirvana que los hindúes apenas vislumbran después de veinte reencarnaciones. El indiano no es un turista, pero tampoco tiene pretensiones de viajero y menos de nómada; a decir verdad, no se da el lujo de catalogarse. Sencillamente, si logra juntar los dos mil dólares para irse a la India desde un país europeo, no lo piensa dos veces.

Calcuta suele ser la puerta de entrada para los viajeros occidentales, que se van allí a “filmar pobreza”, tan cruda y duramente como suena. Hay que verlos paseándose con sus videocámaras por entre leprosos y niños raquíticos, con sus camisas de colorines y sus inmensas panzas, muertos de la risa, como si todo aquello fuera una reproducción de los estudios Universal.

El indiano, por fortuna, se diferencia de ellos. Proviene de países donde la pobreza no es ningún chiste, y se aproxima respetuosamente a los habitantes de la populosa ciudad con un aire más de admiración por su templanza que de curiosidad o conmiseración.

El indiano se pasea cada vez con más tranquilidad por entre multitudes de personas al borde de la miseria, si no ya inmersos en ella, y no logra encontrar ni una sola mirada de rencor y, por supuesto, ni un gesto de amenaza. Con su antropología de la violencia hecha añicos, un poco desconfiado del periodismo sensacionalista de Dominique Lapierre y sin los problemas de mala conciencia que tienen los primermundistas que sólo han visto antes la pobreza en los almanaques de la UNICEF, el indiano registra la tenacidad del pueblo hindú y se dispone a disfrutar del anfitrión país durante los pocos días que sus ahorros de estudiante le permitan.

Más que la majestuosidad del Taj Mahal o el exotismo de los templos hindúes, lo que más sorprende al indiano es la geografía humana del subcontinente. Desde la sensual silueta de casi todas las mujeres hasta los adustos rostros de los Kashemires, el indiano reconoce que en aquel país

de más de mil millones de habitantes, sin duda lo más interesante es cada uno de ellos. La alegría de un niño que recibe un globo de colores, la parsimonia del religioso baño en el Ganges, el gesto impávido del conductor de rickshaw que hace gustoso de animal de tiro por unos centavos de dólar y el simpático vendedor de seda al que nunca se le puede tomar una foto pues cada dos segundos hace una reverencia. Todo ello queda grabado en la memoria del indiano con más fuerza incluso que la casa de Tagore o el paseo en elefante por el palacio de Amber en Jaipur.

Uno de los mitos de oriente más difundidos es justamente el desenfreno sexual. Los occidentales no comprenden que en la cultura hindú el acto copulativo tiene ante todo una significación religiosa. Por ello resulta incomprensible para la mayoría de los visitantes cómo puede ser adorado en todo el país el símbolo fálico de un dios o, más aun, cómo un templo puede ser adornado en su exterior con lo que la censura puritana llamaría sexo explícito. A los hindúes, por ejemplo, les parece de lo más normal que un adolescente de catorce años contraiga matrimonio, pues ya está en capacidad de procrear.

Pero el turista sexual llega a la India a veces con la estúpida imagen que el proxenetismo tailandés ha creado de toda Asia. Al poco tiempo de no recibir ninguna propuesta escabrosa por parte de un camarero de hotel intermediario, descubre con desespero que aquel clima tropical húmedo no hace nada bien a un abstinente obligado como él y se vuelve casi loco al pasearse por entre las imágenes eróticas de Kajurao. Desconocemos en qué acaban esas historias de ansiosos primermundistas, pero suponemos que la mayoría opta por viajar a Tailandia en sus próximas vacaciones.

El indiano, al igual que el alcohólico, hace de la satisfacción de su necesidad de viajes un incentivo aun mayor; quiere llegar siempre más lejos, y no puede evitar, estando en la India, aproximarse al país cuya capital tiene el más sonoro de todos los nombres al oído de cualquier indiano viajero: Katmandú.

El indiano en Nepal ya no se siente lejos de su casa, sino completamente en otra dimensión. Recorriendo en las noches los vericuetos oscuros de una ciudad quedada en el tiempo, con sus pagodas iluminadas por velas y

la multitud de templos adornados con flores; siguiendo como un nepalí cualquiera el desfile de la diosa viviente de 12 años; cambiando ventiladores de mano comprados en la tienda de “Todo a Cien Pesetas” por afilados puñales nepalíes grabados con los símbolos de sus partidos políticos, el Sol y la Luna; visitando los templos budistas de Pasupatina; el baño sagrado de Bradapur, y habiendo presenciado las danzas rituales de Kirtipur, el indiano comprende que todo tiene un fin, que no puede haber más fascinación y exotismo en el mundo de lo que ya han visto sus ojos, que de alguna forma su peregrinar sin aparente motivo ha terminado.

El indiano regresa a Europa con el gesto del deber cumplido, del deseo consumado y con el cierto pesar que nos produce el haber agotado un sueño imposible y lejano. No puede alejar de su mente la absurda idea de que el mundo comienza en el extremo occidente donde nació y termina en el Extremo Oriente al que finalmente pudo llegar, por lo cual avanzar o devolverse es la misma cosa. De alguna forma comprende que su viaje a Europa acabó en Nepal y que por lo tanto el regreso a casa será inevitable. Cargará consigo centenares de postales, inciensos de todos los sabores, saris para sus familiares y amigas, fotos en elefantes o con cobras encantadas, y hasta la pulsera de flores que le diera una joven hindú con motivo del "día del hermano menor", pero no podrá explicar nunca a ciencia cierta lo que supone para un provinciano latinoamericano llegar al fin del mundo imaginado, o sea, lo que siente un indiano occidental en las indias orientales.

X. EL INDIANO EN "AMÉRICA".

DE LAS TRANSFORMACIONES DEL INDIANO EN EL PAÍS DE LAS HAMBURGUESAS.

Ir a estudiar a Estados Unidos, que no a América, como dicen los europeos y los propios gringos, es también una de las opciones de todo graduado latinoamericano que quiere huir de su ciudad antes de ser vinculado a esa interminable y poco fructífera cadena laboral de los países tercermundistas que eufemísticamente llaman realización profesional. Por eso "América" también está llena de indianos. Los hay por millares, aunque muchos de ellos también "estudian" en ese sentido laxo del término de los indianos europeos y por ello es bien difícil diferenciarlos de los emigrados laborales.

A diferencia de Europa como destino, al indiano de clase media le da un poco de pena irse a estudiar a Estados Unidos si no va para una universidad prestigiosa. Por esa extraña manía asociativa de la provincia latinoamericana, al que se va para Europa se lo imaginan caminando por Montparnasse con aire grave, de boina, bufanda y cigarrillo colgando de la comisura del labio, inspirado en un poema de Baudelaire o en una canción de Edith Piaff. En cambio al suramericano que se va a USA se le suele representar con un amarillento delantal que un día fue blanco, resoplando detrás de una enorme pila de platos sucios en algún restaurante griego o en una pizzería, aspirando a ser ascendido a repartidor a domicilio, para tener a quién dar órdenes por lo menos.

Por eso cuando el orgulloso indiano va a visitar a algún amigo que sucumbió al sueño americano, se siente un poco en la obligación de rescatar la moral de sus compatriotas, levantándoles el ánimo e infundiéndoles algo de su estoico sentido de la resistencia, desarrollado en la carencia de sus vivencias europeas. Cuál no será su sorpresa cuando su teóricamente famélico amigo aparece entre la bruma neoyorquina, envuelto en una magnífica gabardina, con un carro del año que ni ha llegado a Europa, y con aire parsimonioso le conduce a pasar la noche en la mansión de recreo de algunos colegas.

Disipadas las sospechas sobre el origen de tanta riqueza, el indiano comprende que sencillamente el "pobre indiano americano" se ha convertido prácticamente en un gringo más de clase media, con todo lo que ello implica, que es mucho más de lo que alcanza el indiano europeo tras años de esfuerzos. En su lustroso automóvil, el indiano agringado lleva al asombrado visitante a altas horas de la noche a través de las desiertas calles de Nueva York, enseñándole este o aquel edificio, con ese indescriptible gesto de serena suficiencia que caracteriza a los guías turísticos del mundo entero, cuando muestran las bellezas de su ciudad a los sugestionables extranjeros.

Anécdotas aparte, es cierto, sin embargo, que si en Europa había contrastes entre indianos pobres y ricos, en USA la diferencia es abismal, porque se puede encontrar, incluso en una misma Universidad, al hijo de un obrero, a un precandidato presidencial y al típico clase media que vendió su carro para intentar hacerse a un título de Harvard que justifique el lento ascenso social de su familia. Nuestros tres tipos indianos intentan vivir en la igualitaria gringolandia simulando haber abandonado como una prenda su categoría social, pero cada cierto tiempo el indiano aristócrata hace el comentario oportuno para situar en su lugar a los otros dos; el más esforzado no deja de recordar la diferencia entre una beca estatal y una beca familiar, y el de clase media, que se considera más allá del bien y del mal, intenta mediar entre ambos con argumentos poco efectivos y más bien tendientes a resaltar su capacidad para habitar entre clases tan disímiles e intolerantes, aun lejos de la patria.

De cualquier forma, para el indiano medio, Estados Unidos no es un destino soñado. O por lo menos eso es lo que dicen. No tiene gracia, para alguien que pasó gran parte de su adolescencia sumergido en las intrigas dumasianas de las cortes europeas y deleitándose con los relatos de la picaresca española, irse a vivir a ese insípido país que desde la infancia le han hecho tragar en la televisión, el cine, los cómics, la música, la comida y hasta en los regalos de navidad.

Pero, la verdad sea dicha, y precisamente por el bombardeo de imágenes y productos del norte, el "American Way of Life" está más arraigado en la cotidianidad del suramericano que la cultura europea. Por mucho que lo

diga y repita, jure y perjure, le gusta menos el vino que la Coca-Cola y va a McDonalds o similares mínimo una o dos veces al mes. Además, es de los que se ha visto "Lo que el viento se llevó" más de tres veces en cine y otras tantas en video, ama las Milky Way, prefiere los carros americanos a los coreanos, es un furibundo admirador de los inventores gringos, no se ha perdido casi ningún Rocky, encuentra subyugante la mirada de Barbra Streisand, y se ve por lo menos una de las comedias norteamericanas de las que tanto denigra.

Es justamente quizá por una cierta carga de conciencia de su debilidad ante lo que ellos denominan "el mundo plástico de los yankees", que muchos indianos se niegan como niños chiquitos a cambiar el soñado destino europeo por un postgrado en Estados Unidos. Para ellos, a USA se van a estudiar las personas superficiales o mercantilizadas, sin cultura universal, con pocas ambiciones intelectuales. En el colmo de la ignorancia denigran de universidades norteamericanas que son pioneras en sus propias áreas de conocimiento, en las librerías pasan por las obras de Capote como si fueran compendios de recetas y se niegan a ver la "Lista de Schindler" por parecerles imposible que el creador de Indiana Jones pueda hacer algo serio en la vida.

Pero a veces toca ir a USA a estudiar. "Es menos caro", dicen unos resignados; "me dieron la beca", comentan otros excusándose, o "tengo la nacionalidad por mi abuelo y hay que aprovechar esa ventaja", dice alguno que por añadidura le toca cargar apellido gringo a donde quiera que vaya. "Es que tengo una tía allá", dice algún intelectual de izquierda nerviosamente, ante la mirada de KGB de sus contertulianos, que han agotado la obra completa de Marcuse sin saber en qué país fue escrita en su mayor parte. "Al enemigo hay que conocerlo de cerca", dice algún militante, ocultando su secreto deseo de exiliarse algún día en Orlando.

Al fin todos se van vía American Airlines a la "tierra de la ignominia", ante la displicencia de sus homólogos antigringos, el regocijo de sus familiares, el profundo desprecio de los indianos que sí se van a Europa y la absoluta indiferencia de sus coetáneos "workohólicos", para quienes lo mismo da irse al norte o al este, pues el sitio donde todo profesional latinoamericano debe estar es en su oficina, y lo demás es inmadurez. Estos últimos reciben

casi cada mañana, vía internet, el saludo de sus excompañeros de universidad esparcidos por todo el mundo, y sacan energías de no se sabe donde para rehusar amablemente sus invitaciones más o menos sinceras. Algunas veces aceptan el convite, preferiblemente el de los indios gringos, para darse el gusto de verlos pasar trabajos, pero vuelven más que deprimidos a sus tareas burocráticas, cual resignados Sísifos.

Por supuesto que hay muchos latinoamericanos a los que no se necesita rogarles: estudiaron en los colegios norteamericanos o han ido a Miami dos veces por año desde que tienen conciencia, se emocionan cuando encuentran las barras y estrellas en el interior de una envoltura de chocolatina, se estremecen con la música contundente que acompaña el clímax sentimental de las películas gringas y añoran profundamente vivir unos miles de kilómetros al norte de donde por ingrato accidente de la naturaleza les tocó nacer. Aunque a estos no se les puede dar estrictamente el apelativo de indios, porque son más bien hijos extramatrimoniales de "América", aceptados en su patria de corazón tras interminables gestiones consulares, sí merecen sin embargo un análisis sociológico particular, que desafortunadamente escapa a nuestra capacidad y buen ánimo.

El indio que realmente nos interesa encontrar en América, el Wally de nuestro particular entretenimiento, nuestro hábil Mario Bross, es el indio europeo que finalmente decide ir a Estados Unidos un poco a regañadientes. Con el pretexto de participar en algún congreso internacional de su especialidad, pedir unos dólares a cualquier fundación para su proyecto investigativo o incluso visitar a su anciana abuela, el indio se embarca para el país de las oportunidades con la suficiencia de quien no requiere visa por haber obtenido algún pasaporte europeo y con el desánimo propio de quien cree que va a llegar al país de la uniformidad, la incultura y el desparpajo.

Pero al igual que descubrió en Amsterdam cómo una ciudad puede ser un país dentro de otro país, el indio que llega a Nueva York se da cuenta al poco tiempo de que incluso dentro de una ciudad puede haber un mundo completo. Pues eso es Nueva York, la quintaesencia del mundo. En esa islita comprada por los holandeses a los despidados indios por lo que hoy

valen unos Ribbs en el Hard Rock Caffé de Manhattan, no hay nación que no esté representada, etnia extinta de cuyos últimos sobrevivientes no tenga una muestra, plato exótico que no se pueda conseguir, ni artículo de consumo que no pueda encontrarse. Incluso el indiano europeo, entre tanta variedad, se siente un poco venido a menos. Ya no es ese ciudadano exótico y extrovertido que irrumpe en las oficinas públicas para obtener entre marrullas y coqueteos algún sello urgente o una difícil visa. Es un ciudadano más del exótico zoológico humano de aquella ciudad de emigrantes, sin más gracia que hablar el inglés chambón de muchos otros hispanos, y tener cierta afinidad.

A los pocos días de fascinarse con esa diversidad en tan poco espacio, escribe a sus familiares y amigos sobre su experiencia neoyorquina, con un entusiasmo muy parecido al que utilizaba para hablar de Damasco, Sofía o Katmandú:

"Nueva York es en dos palabras La Ciudad. La ciudad de la riqueza y de la miseria, de la elegancia y la grosería, donde se cometen todas las ignominias y se encuentran los más asombrosos gestos de solidaridad. Es una urbe apocalíptica, una Sodoma que acoge todas las religiones, una nueva Jerusalén llena de bares de strip-tease y prostíbulos, una Torre de Babel hecha realidad. Es tan representativa del hombre, sus logros y sus miserias, que no sería de extrañar que el Mesías anunciado por la multitud de sectas neoyorquinas naciese justamente allí, en un puesto de venta de crack en Harlem, al son de un Rap de bienvenida en el barrio de Queens, en la trastienda de un almacén de abarrotes de una pareja de emigrantes coreanos, en el orfanato de donde se proveían Woody Allen y su exesposa, o en el mismísimo Central Park, entre Santa Clauses mendicantes y borrachos".

La descripción se queda corta. Para el indiano Nueva York es un shock. El mundo que había estado buscando país por país, ciudad por ciudad y pueblo por pueblo en la pluricultural Europa, en el exótico oriente, en África y Australia, lo encuentra todo allí en unas pocas manzanas, o mejor dicho, en "la gran manzana". Mucho más barato, más cercano, en una sola lengua, con un solo tiquete de avión y una sola visa. Como si se tratase de una oferta de supermercado gringo o un sueño erótico, Nueva York le

ofrece al indiano un "todo en uno", oferta imposible de rechazar, de admirar y de desear.

En efecto, a los pocos días, el indiano que llegó a Nueva York con aire de ejecutivo en viaje obligado de negocios ya no quiere salir nunca más de esa jungla de cemento. En menos de una semana se ha recorrido la cultura universal en los cuasinfinitos museos neoyorkinos, ha hablado perfectamente su mal inglés con italianos, paquistaníes, cantoneses, neozelandeses, burundíes y hasta paisanos, ha patinado en el hielo en el Rockefeller Center con los descendientes de Kunta kinte, ha casi llorado al estilo de las enternecedoras películas gringas oyendo los relatos grabados de los emigrantes de Staten Island, ha comido platos de Bangladesh por diez dólares, escuchado Jazz en vivo una noche entera por doce, y ha podido ver la actuación de Pavarotti por quince.

Muchos indianos europeizados, que en sus borracheras de vino chileno pasado por francés cantaban a voz en cuello y abrazados la burletera canción de "Los americanos", no se resisten a la tentación de visitar los escenarios del Hotel Plaza, perderse entre las inmensas jugueterías de la Quinta Avenida e incluso comprar algún souvenir en el almacén de Coca-Cola. Nunca lo confesarán, y no hay fotos que lo demuestren, pero pagaron para subir al Empire State, treparon la famosa estatua de la Libertad, visitaron la bolsa de valores y por poco no compraron una docena de pisapapeles con banderitas gringas en las tiendas de "todo a un dólar".

El indiano europeo en Nueva York, comprende además, un poco tarde quizá, que cultura y cultura europea no son lo mismo. Si bien aceptaba que un aldeano en Namibia no tenía por qué saber quién era Velázquez ni haber leído a Ovidio siempre que conociera la tradición oral de su cultura, al indiano le parecía que si un gringo pensaba que Nicolás Vasilievich Gogol debía ser un miembro del Kremlin, ello era poco menos que un crimen. Adentrándose en círculos semicultos de Manhattan, el indiano comprende que los neoyorkinos con acceso a la cultura universal sencillamente pasan por ella como quien se salta esos prólogos de las novelas en las que le cuentan a uno el final, y se concentran en la producción de los suyos. Al fin y al cabo es un mundo en sí mismo. De Alemania saben lo que Erich María Remarque les expuso en esa añoranza

europea en escenario neoyorquino que es *Sombras en el Paraíso*, España es prácticamente lo que Hemingway les pinto en *Por quien doblan las campanas* y Francia es el país del que vino ese personaje de Maugham del *Filo de la Navaja*, cuyas versiones cinematográficas no se cansan de comparar, y que a propósito termina manejando un taxi en Nueva York.

Así sucesivamente, cada uno de los países que para los indianos son fuente inagotable de conocimientos, para el norteamericano que los conoce son sólo puntos de referencia de su propia cultura. ¿Para qué saber de Bach si tienen a Gershwin, o de Grupo de Familia de Visconti si tienen "Interiores"? Sus bestsellers les basta y sobra en literatura, y no cambiarían a Madonna por ninguna Laura Pausini, ni a su Sinatra por Aznavour. ¿Para qué esforzarse además si los mejores pintores, directores, escritores, compositores y artistas de Europa llegan por docenas a Estados Unidos, orgullosos de exponer en sus museos, cantar en sus megalómanos escenarios, dirigir una filarmónica gringa o recibir un Oscar a la mejor película extranjera? Como un estoico griego, de paso por la Roma vencedora, al indiano europeo no le queda otra opción que aceptar para sus adentros que, dígase lo que se diga, el imperio es el imperio.

El indiano retorna a Madrid sin atreverse siquiera a tocar otro punto de la inmensa geografía norteamericana, por temor de encontrarse con una diversidad cultural que destruya su viejo mito de lo uniforme y aburrido que es Estados Unidos, "excepto Nueva York, que es cosa aparte", frase que agrega en adelante a su juicio antiyanki. Interiormente no puede negar, sin embargo, que si le ofreciesen vivir durante un año en cualquier otra metrópoli moderna con el sencillo cometido de conocerla a fondo, no sabría cómo explicarles a los indianos españolizados, afrancesados o romanizados que por nada del mundo escogería otro sitio que no fuera Nueva York.

XI. EL INDIANO DA LA VUELTA AL MUNDO, COMENZANDO POR MADRID.

DE LAS PERIPECIAS DEL PASPARTU LATINOAMERICANO Y DE LOS SANTOS MOTIVOS DE SU FUGAZ CIRCUNNAVEGACIÓN AÉREA ALREDEDOR DEL PLANETA.

El indiano regresa de Nueva York más obsesionado que nunca con los viajes, por haber visto en ese microcosmos urbano la diversidad cultural que le ofrece esa humanidad dispersa a lo largo y ancho del planeta. Pero lo que realmente lo decide a dar la vuelta al mundo es el comentario de un norteamericano con el que sostiene una conversación en el aeropuerto J. F. K. de Nueva York, el día de su regreso.

Al simple hombre, dueño de una tienda de abarrotes en algún pueblo perdido de South Dakota, le parece muy oportuno, luego de haber pasado dos semanas atendido por hija y nietos, Nueva York arriba, Nueva York abajo, hablar pestes de esta ciudad. Lo peor es que critica justamente todas aquellas cuestiones que cautivaron al indiano: la variedad de razas y nacionalidades, un cierto caos controlado, la vida nocturna sin horarios y la sensación de estar en cualquier parte del mundo y en ninguna a la vez.

Cuando el indiano, un poco indignado, intenta refutar estas razones, sin saber que hablar mal de Nueva York es justamente uno de los elementos en la autoafirmación de la identidad colectiva del pueblo norteamericano, el ya también ofendido habitante típico de esa nación del destino manifiesto, se limita a contestar sin mirarle a los ojos: “Yo sí que he visto el mundo entero en un solo sitio: en Epcot Center. Y me basta”.

“¿Será que yo también tendré que conocer el resto del mundo en esos hangares sofisticados, en esa especie de juguetes macabros para matar la realidad y de paso la imaginación?” se dice el indiano durante todo el viaje de regreso a su añorada Europa, y decide que definitivamente hay que darle la vuelta al mundo antes de volver a su tierra natal, no vaya a ser que a ese mundo fascinante lo uniformicen en un par de décadas y sólo se pueda conocer a través de la realidad virtual de un parque Disney o como mucho en Nueva York.

Además, como en las vacaciones por su país, el indiano, que había quedado persuadido de que el retorno no sólo era inevitable por todos los aspectos racionales sino ya también por los irracionales, o sea por sus propios deseos, piensa que la despedida de Europa debe ser una vuelta al mundo que comience y termine en Madrid.

Por unas semanas nadie vuelve a verlo en la Cinemateca Doré, o en su restaurante de descuento favorito en el viejo barrio de Lavapies. Se dedica a releer grandes viajeros, al mismo tiempo que da los últimos toques a su tesis doctoral, pasaporte de regreso que él mismo se había impuesto como requisito antes de poner el pie en el avión de vuelta a casa.

Su más antiguo recuerdo es por supuesto Julio Verne, y se pasa tardes enteras planeando un viaje que combine la aventura de Miguel Strogoff con la vuelta al mundo de Phileas Fogg. Luego piensa que tiene más sentido hacer rutas históricas reales y, envuelto en mapas en su diminuto apartaestudio, pasa las noches indeciso y comienza a soñar de nuevo que viaja con Vasco de Gama en 1497 alrededor del África y con Magallanes en 1519, para regresar con Cook en 1768, pero al despertar decide que dos meses no son suficientes para rodear continentes. Mejor las vías terrestres, se dice ¿Y si siguiera los pasos de Ibn Batuta? ¿qué tal hacer la Ruta de la Seda? Definitivamente el tiempo no da ni para ir en globo. Lo mejor, dice, es hacer como el escritor colombiano Fernando González en su “Viaje a Pie”: decidir partir y sencillamente ir buscando la ruta, empezando y terminando en Madrid.

Dicho y hecho. El indiano toma su inseparable morral de los primeros viajes por Suramérica, su lustroso y nuevo pasaporte español, y deja una nota para los porteros, que de todos modos se van a enfadar, digales lo que les diga. Luego se dirige a la agencia de viajes donde ya le saben el nombre y las mañas, y pide el tiquete más barato que tengan al lugar oriental más cercano. El siguiente paso es el banco, donde también se ha vuelto contertulio de los encargados de moneda extranjera, y compra sus cheques de viajero, mientras intercambia sus chistes de indiano crítico de los locales por otros cariñosamente xenofobos de los viejos empleados que nunca más verá.

Una visita al centro de viajeros para la juventud, es el siguiente paso, pues hay que renovar el carnet de alberguista internacional y el de estudiante eterno. Allí la cruda realidad salta a la vista, mirando la concurrencia: ya no es el joven de veintipocos años de la primera vez que llegó a ese sitio, y por más que se esfuerce ahora es un señor con cachucha y morral viajando al estilo aventurero, y no un estudiante “de verdad” en vacaciones.

Recogiendo recuerdos, pasa por el templo egipcio de Debob, testigo de alguna intimidad no redactable y por la Plaza de España, con su Dulcinea en dos versiones a quien también algo le debe. Luego, de una mirada a la imponente torre de las aerolíneas, shopping de ensueño para los viajeros a lugares exóticos, hace una despedida silenciosa de la pensión en la que vivió, como un personaje de “la Colmena” de Cela, de lo cual quedaron escenas dignas de contar a los nietos.

De la Plaza de la Marina Española donde estudió va al celebre Café de Oriente, para reposar, regalarse un Rioja, mirar el Palacio Real y abandonarse unos minutos a las imágenes que cruzan por su mente: El día en que nevó en Madrid y todos los indianos de los alrededores se reunieron espontáneamente allí a jugar como niños, ante la estupefacta mirada de los madrileños más viejos, quienes pensaron que se trataba de un paseo del hospital mental; la noche en que un camarero en ese mismo café y en la misma mesa le preguntó, después de escucharle el acento, si por casualidad no era familiar del Presidente Colombiano Belisario Betancur; y la tarde en la que, con su familia indiana de paso, casi muere de insolación esperando entre la multitud y el inclemente sol de julio el fugaz paso de la Reina Sofía, que al fin se dejó ver para satisfacción de la madre del indiano y salvación de toda la familia indiana.

El indiano le quiere sacar jugo a la despedida y se abandona a la nostalgia. Va a despedirse en silencio del Teatro Real, a pesar de que estuvo en obras durante toda su estadía en ese país y nunca entró. Luego camina de la Plaza Mayor a la Puerta del Sol comiendo pipas (semillas de girasol), y saluda a los librereros del pasaje Ginés como si fuera un madrileño de quinta generación. Para abusar de lleno del estereotipo del indiano que se va,

compra un número especial de la Lotería de Navidad en la Puerta del Sol, pide a gritos un bocadillo (sanduche) en el Museo del Jamón, y concluye con napolitanas (pasteles dulces) en la Mallorquina, rodeado de jubiladas hablando a voz en cuello. El indiano es un romántico y se enternece.

Para rematar el patetismo del rito, el indiano va al kilómetro cero en frente del reloj del ayuntamiento, donde muere el año madrileño cada doce meses, e inaugura solemnemente su vuelta al mundo desde el emblemático sitio, tan bien descrito por Mecano en su celebre canción. Mas perdonables son siguientes visitas, al Teatro de la Comedia y al Teatro Español, donde, gracias al estado del bienestar cultural madrileño, se hartó en esos años hasta la saciedad de teatro clásico, asistiendo a las funciones a precio reducido.

Debilidad de abogado politologizado, la visita a los leones de “Las Cortes” o Congreso se hace irrenunciable, con la excusa de descansar de paso en el lujoso hall del Hotel Plaza, poniendo cara de millonario aburrido, no vaya a ser que le noten la clase media en la sonrisa y lo obliguen a tomar un café de 600 pesetas.

Una vez perdido el honor ante tal despilfarro de sentimentalismo con objetos inanimados, lo mismo da continuar hundiéndose en la ridiculez de la anticipada nostalgia y el circo continua. Por ello el indiano come solemnemente un trozo de turrón en la afamada Casa Mira, da un corto paso por el jardín tropical de la estación de trenes de Atocha, para animarse con el regreso a casa, y camina con el corazón oprimido, cual republicano español a punto de exiliarse, por el Paseo del Prado, entre la Fuente de Neptuno y la de Cibeles, hasta el Parque del Retiro. Ni para que decir que hace un gesto al busto de Velázquez en la puerta del museo del Prado, con aire de propietario de quinta, y hasta en la Puerta de Alcalá se emociona recordando a Carlos III, el rey embellecedor de la ciudad, que según el llegó también como extranjero y al igual que el se dejó embrujar por “los madrises”.

El último rito del indiano es ir hasta el monumento a Colón, para intentar localizar una vez más cual pudo haber sido el primer indiano de la familia

entre los que salieron en las carabelas rumbo a las indias orientales y llegaron al Extremo Occidente.

Ya en el mostrador de la aerolínea, el indiano duda si hubiera sido mejor, comprar una vuelta al mundo con paradas establecidas, pero finalmente concluye que es mejor por esa vez elegir el azar. El eficiente tiqueteador se confunde un poco:

-“El señor viaja a..?”

-“Estambul”.

-“¿Acompañantes?”

-“Ninguno”.

-“¿Fecha de Regreso?”

-“Sin regreso”.

-“¿Próximo destino?”

-“Desconocido”.

-“¿Equipaje a registrar?”

-“Nada”.

-“Buen viaje y feliz regreso... quiero decir... buen viaje y... ¡suerte!”

Un viaje así, se dice el indiano una vez acomodado en el avión, tiene que tener un sentido, ya que debe volver a su tierra, desde donde le será un poco más difícil viajar, por la devaluada moneda, las distancias y las ocupaciones. Decide finalmente, ya en el avión y mientras ve alguna película con Stallone hablando en rotundo español de feria, que esa vuelta al mundo debe tener el claro propósito de conocer los distintos modos de vida de los pueblos, para decidir cuál ritmo vital adoptar cuando regrese a su patria andina.

Es así como en Estambul el indiano decide dedicar el primer día a descubrir cómo vivían los sultanes, reviviendo las escenas del entonces Best Seller, *De parte de la Princesa Muerta*, en el harem del Topkapi. Como suele suceder con la mayoría de los hombres del mundo moderno, usualmente autosometidos a una monogamia formal más o menos flexible, la visita al harem provoca en el indiano intensas reflexiones sobre el modelo de pareja en Occidente. Para el indiano, además, esa

situación le trae recuerdos sobre los consejos recibidos en una tienda beduina del Wadi Rum años atrás.

Haciendo caso omiso de sus convicciones respecto de los derechos humanos, el indiano se imagina a sí mismo rodeado de cientos de bellas mujeres raptadas en Circacia, empeñadas en satisfacer sus caprichos y convertirse en las madres de sus hijos a toda costa. Este sueño seguramente colectivo, a juzgar por el silencio que se apodera de los turistas varones al entrar al harem, lo rompe bruscamente el guía oficial del Topkapi Sarayi Müzesi, que empieza a relatar, sin que nadie se lo pida, los inconvenientes de la vida en el Serrallo, convirtiendo la onírica imagen de los visitantes en un terrible drama de telenovela latinoamericana:

“la Valida Sultana, o Reina Madre, se la pasaba intrigando a través de sus eunucos para hacer caer en desgracia a la Haseki, que era la primera kadin (esposa legítima) en dar un hijo (Haseki Sultan) o una hija (Haseki Kadin) al supuesto amo del harem, quien por otra parte vivía en una paranoia permanente, pues el asesinato era la regla de oro para la sucesión al trono y los visires no eran ajenos a esa tradición”

Pensando además en lo difícil que debe resultar satisfacer los caprichos y manías, no ya de una, dos o tres mujeres, sino de quinientas, el indiano traspone la Bab-i-Saddet o Puerta de la Felicidad, más bien decepcionado, y se dirige al Hayet Balkonu para observar el Bósforo que divide a Europa de Asia y meditar sobre la sutil pero infranqueable barrera que separa la realidad de las fantasías.

Dejando atrás los lúdicos y engañosos pensamientos que inspira el Serrallo, el indiano opta por dirigirse a la iglesia de Hagia Sofia, la Santa Sabiduría, cuyos mil quinientos años de historia le pueden sugerir otras claves vitales menos contradictorias. Emocionante le parece al indiano imaginar el momento en el que Mehmet el Conquistador entró a caballo en el templo religioso más grande del mundo en el 1453, para ofrecérselo al Islam, convirtiendo a Constantinopla en Istanbul y dando por terminado el Imperio Romano de Oriente.

Menos estimulante, sin embargo, encontró la revolución modernista de Kamil Amal Atatürk (literalmente: excelente padre de Turquía), quien en su intento de secularizar y occidentalizar el país, convirtió la entonces mezquita conquistada en museo, prohibió el Fez (gorro turco) y la poligamia, instituyó el matrimonio civil, y en fin, dejó sin identidad alguna a esa nación construida a base de conquistas, fusiones raciales y convicciones religiosas.

Repasando sus reformas, el indiano concluye que, gracias a Atatürk, los turcos, cuya amabilidad contradice la leyenda negra creada en el cine norteamericano sobre ellos, ya no son una mezcla de oriente y occidente, sino todo lo contrario, o sea nada. Se nota en todas sus actitudes. Por ejemplo ya no usan sus vestidos tradicionales, que fueron prohibidos medio siglo atrás por el fundador de la República, pero aún se les nota la incomodidad con la ropa occidental. Van a la mezquita pero les gusta el hereje teatro occidental, y aceptan sin recelo las escenas de liberalidad sexual en las películas extranjeras, pero no permiten a las mujeres salir sin acompañante.

Obviamente los otros países musulmanes los ven como demasiado occidentalizados y los europeos como aún muy orientales. Han intentado por todos los medios entrar a la Unión Europea sin haber comprendido la lección que los sefardíes dueños de las joyerías en el Kapali Çarci (mercado cubierto o Bazar) ya les podrían haber evitado. Uno de estos descendientes de los judíos expulsados de España siglos atrás, a quien el indiano compró en secreto (por respeto a las tres creencias) un pequeño Corán de oro, le resume al curioso hispanohablante en su delicioso lenguaje ladino su impresión de Europa, mientras acaricia con nostalgia heredada la llave de la casa en Toledo, abandonada a la fuerza por sus ancestros:

“Europa no aceptó, ni acepta, ni aceptará nunca la diferencia. La intolerancia está tan profundamente asentada en sus nacionales idiosincrasias, que debieron inventar la figura de los derechos humanos, el Estado de Derecho, la división de poderes y últimamente la ética ecológica, para no terminar matándose unos a otros. Pero eso sólo cuenta para ellos. En ese club de países europeos los demás sólo podemos ser

esclavos, vasallos o sirvientes. De la tradición judaica sólo heredaron nuestra absurda obsesión de ser el pueblo elegido. Quizá les cueste igual de caro que a nosotros”.

Sí, los turcos de alguna manera son un puente entre dos mundos. Pero un puente roto, entre la tradición y la modernidad, entre el Occidente presuntuoso y el desconfiado oriente, entre la vida secular y la religiosidad, entre la voluntad de paz con casi todos los países y la fiera necesidad de guerra con los Kurdos, los griegos o los chipriotas.

De todas maneras es de admirar este pueblo que creó primero el Imperio Seljucí, dominando el Asia Central en el siglo X, y luego ese Imperio Otomano que fuera la potencia del viejo mundo en los tiempos de Solimán el Magnífico, para siglos después, con mucha dificultad y bajo el liderazgo de Ataturk, lograr no desaparecer al ser desmembrada en pedazos su patria por revoluciones, invasiones y malas alianzas (Con Alemania en la Primera Guerra Mundial por ejemplo). Para el indiano, procedente de una relativamente joven nación andina, empeñada en atribuir a la fatalidad histórica sus dificultades para incorporarse a la modernidad, son de admirar los esfuerzos de los turcos por dejar el lastre de su gloriosa historia y adaptarse a su desafortunada opción occidental para tratar de convertir su país en un Estado próspero, sacrificando incluso gran parte de su identidad y orgullo nacionales.

Recordando los encuentros de Aqaba, el indiano decide dirigirse hacia Capadocia para así internarse un poco en el país y poder entrar más en contacto con el habitante de la Turquía profunda que, presente, no ha cambiado tanto como Ataturk había planeado. Y en efecto, instalado en Urgup, con el propósito de visitar los lunares paisajes del Valle de Goreme y las demás ciudades trogloditas, se escapa de los turistas también recién llegados por vía aérea que le invitan a “hacer hotel”, y se lanza a la calle a la búsqueda de esos encuentros “fortuitos” que son la delicia de sus viajes.

Obviamente los encuentros fortuitos en los países musulmanes sólo pueden ser con grupos de hombres, lo que hace que al principio los cafés parezcan tener esa especie de ambiente de ghetto gay que se

percibe en Chelsea, en Nueva York o en El Castro, en San Francisco. Pero las miradas son otras y la actitud en general es mucho más relajada, incluso más aún que en un café de cualquier tipo en Occidente, pues de alguna forma los visitantes de estos sitios se comportan como dueños de los mismos; son algo así como su segunda casa.

La pequeña aventura del indiano en Turquía comienza por la compra de un caset de oriental-pop en una de las muchas tiendas de música que hay en estas ciudades pequeñas del Oriente Próximo. El rito le es ya tan familiar al indiano, que sencillamente se deja arrastrar por él, con la curiosidad de conocer el final. Quien atiende solo habla turco, pero un amigo suyo que habla alemán y tiene hasta pasaporte europeo (hay miles y miles de turcos nacidos en Alemania) llega en su ayuda, para que luego un tercero, ya medio anglo hablante, sirva de traductor al tendero, su amigo alemanizado y los otros 12 muchachos, que sin saberse cómo ni cuándo ya están sentados alrededor del visitante, ofreciéndole semillas de girasol y... ¿té de menta? ... no, coca-cola. Así es Turquía, aun en la provincia.

Más audaces que los musulmanes de otros países, los jóvenes turcos quieren ampliar sus conocimientos sobre las costumbres sexuales en Occidente y hasta hablan de política. El indiano cae en la trampa y termina defendiendo, como cualquier otro estúpido occidental, y tal como esperaba su improvisado auditorio, todos los lugares comunes de su moderno mundo para ellos en decadencia: la posibilidad de que existan dos Estados en Palestina, la preeminencia del modelo democrático capitalista sobre todos los demás, la bondad de las relaciones sexuales prematrimoniales y el derecho a la autodeterminación de los kurdos.

Cuando la conversación ya ha caído en el punto mas delicado, el religioso-político-cultural, y el más vehemente de los turcos explica al un poco ya asustado indiano que si Alá no quisiese mantener vírgenes a las mujeres hasta el matrimonio, sencillamente no las hubiese creado con himen y que la República es indivisible, el dueño de la tienda sube el volumen para que todos escuchen una popular canción del momento, dando lugar con ello a una espontánea danza colectiva, en la cual se

entrelazan los brazos creando un círculo humano de jóvenes abrazados y sobrios. Lo que en Occidente es símbolo de ebriedad, en estos países es una expresión de camaradería, y ese ambiente pospone la tensa conversación, que más adelante el insistente contertulio ortodoxo intenta reanudar sin lograrlo, pero sin tampoco aliviar al indiano de observar su ceño fruncido el resto de la noche.

A diferencia de la reunión de Aqaba, esta cotidiana fiesta callejera entre amigos no se prolonga, y uno a uno se van despidiendo del indiano los muchachos turcos, sin reconocer que hay un matriarcal poder tras su masculina determinación. Pocas veces el indiano había sido besado por un hombre al despedirse, pero nunca había tenido la sensación de rozar con sus mejillas a catorce semibarbados rostros, y comprende por qué algunas mujeres de su tierra se apresuran a estirar el brazo para retirarse rápidamente, evitando así las punzantes caricias.

Cuando, resignado ya, se propone a partir para ir a hacer hotel, los restantes contertulios, y sobre todo el vehemente musulmán, que aún parece molesto con él, lo invitan con aire misterioso a ir a “Bilardo”, y aunque por más que intentan, no logran explicarle al indiano de qué se trata, este se siente en la obligación de no agregar un desaire más y decide acompañarlos, aunque no se sienta tan seguro por lo avanzada de la noche y el aire cómplice de los tres muchachos.

Una vez sentado en la parte delantera del pequeño auto que orgullosamente uno de ellos conduce, empieza a arrepentirse de la decisión, pues la oscura carretera que toman le da la sospecha de que Bilardo significa algo así como contrabando, guerra o quizá un destino mucho peor. Este ambiente de silencio conspirativo, rodeado de jóvenes recién salidos de la adolescencia, le recuerda las famosas visitas a los barrios de tolerancia que los indianos de la generación anterior a la suya acostumbraban hacer los viernes en la noche, pero el recuerdo del tono moralista del joven ortodoxo repitiendo sus dogmas le borra esa idea de la cabeza y le llena más de temor que de curiosidad.

Como el intérprete al inglés no quiso ir a Bilardo, el diálogo se hace muy difícil, y mientras más se alejan de la ciudad, más fantasmas comienzan a rondar al indiano:

“¿Será que me van a llevar a un campamento como rehén? ¡Me debí haber doctorado antes de hacer este viaje! ¿Me irán a someter a un rito de sacrificio hitita? Ya me veo trabajando como esclavo en un país árabe. Convertirme, convertirme, pues me convierto; ¡lo de la circuncisión ya veré cómo lo negocio! Quiero mandar una carta, eso sí me dejarán, y que me entierren con mi morral, o si no ¿cómo viajaré por otros mundos?”

Cuando el silencio ya es insoportable y el indiano, que se había apoderado del rosario musulmán de uno de ellos para invocar a Alá en el último momento, duda un poco en qué creencia orientar sus súplicas, una luz a lo lejos rompe la oscuridad y hacia ella se dirigen, a medida que crecen la inquietud y los malos presentimientos:

“Claro, ya me confundieron con un espía griego o algo así. Siempre me ha sucedido, los de izquierda me dicen que parezco del TFP y los de derecha que mis opiniones son muy zurdas. Entre los judíos soy un simpatizante pro árabe, y entre los árabes un medio judío vergonzante encubierto. Para los indianos un extranjerizante, para los extranjeros un andino sospechoso de narcotráfico o de trata de blancas. Definitivamente no hay lugar para mí en este mundo. Por eso será que tengo que vagar como Caín por todo el planeta! Pero eso de morir en la Península de Anatolia no tiene tanta poesía como en Islamabad o Aden. Me arrepiento de todo, pero sobre todo de no haber dejado mis tarjetas de crédito en números rojos como hacen los gringos para estafar al Establishment por lo menos el día de la muerte”.

Cuando lo han dejado solo en el coche, y los ve a lo lejos conversando con el propietario de la tenebrosa vivienda, el indiano decide calmar los nervios leyendo su guía Grech de Turquía, y por azar abre la pagina 77, en la sección de Peligros:

“Hay una serie de leyes que castigan el insulto, la calumnia y las burlas cuando se refieren a Atatürk, la bandera, el pueblo o la República. ALGO QUE SE ACEPTA NORMALMENTE EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES, PUEDE SER AQUÍ CAUSA DE GRAVES MALENTENDIDOS”.

Después de leer esto, el indiano promete a los representantes legítimos de todas las religiones que si sale incólume de esta aventura no buscada, dejará la vuelta al mundo inconclusa y regresará a terminar sus estudios, barajados un poco por tantos viajes. Por su mente desfilan San Antonio, Fátima, Ganesh, Gautama y otros tantos seres dignos de veneración y de solicitud. Como candidato presidencial de país pobre, el indiano a todos promete sin medir la capacidad de cumplimiento, y a los pocos minutos ya tiene una factura espiritual tan grande e impagable como el total de la deuda externa latinoamericana.

El momento crucial es cuando sus amigos turcos retornan al coche y lo invitan a entrar en la casa de Bilardo. El indiano cuenta sus pasos hasta el fatal destino, y cuando por fin entra en el inmenso salón, repleto de jóvenes con largos palos de madera en la mano, dándole golpecitos a unas bolitas de colores sobre una mesa de tela verde, comprende que el temible bilardo es la palabra turca de billar, y que ha comprometido su vuelta al mundo inútilmente.

Al día siguiente, durante la visita al fascinante mundo de la Capadocia, el indiano se ve acosado por una multitud de cordiales acreedores, que le acompañan donde quiera que se encuentre; bien cuando desciende a las ciudades subterráneas donde se ocultaron los primeros cristianos o cuando se introduce en esas viviendas de tierra, que parecen construidas por hormigas gigantes. La insistencia es serena pero implacable. Le persiguen con más ahínco que la hacienda pública, de Avcilar a Cavusin, de Avanos a Sari Han, hasta que en Uchisar decide que es mejor volver a Estambul y convocar un concurso de acreedores.

La reunión tiene lugar en el Gran Bazar de la antigua Constantinopla; qué mejor lugar para negociar que el café Sahaflar Carsisi, en el mercado de los libros, al lado de la mezquita de Beyazit. Lo importante

es mirar hacia la Meca, para que nadie se extrañe de ver a un extranjero sentado solo en una mesa, hablando aparentemente con los intermediarios del Creador y con 8 tazas de té servidas que él mismo bebe.

Como en toda negociación, lo importante es saber en qué se va a ceder antes de empezar y medir el poder de convicción de la contraparte. La primera media hora es la más difícil, porque astutamente la cofradía ad hoc de santos de todas las religiones ofrecen permitir al indiano continuar su vuelta al mundo a cambio de ciertas restricciones de acción en su vida privada. Una parada en Bali por un año de abstinencia y cosas de esas. Los visitantes del café pegan un respingo al ver que el indiano da una dura palmada en la mesa airado y simula retirarse. Aclarados los temas intocables, la negociación fluye y el acuerdo final se consolida. El indiano debe volver a Madrid, obtener su título de doctorado, regresar a su tierra para enfrentar el mundo laboral, y después de ello, sí, seguir viajando a sus anchas.

Para no quedar mal con sus amigos, el indiano decide regresar a Madrid por Estados Unidos, con lo cual sí le da la vuelta al mundo al estilo de Phileas Fogg, o sea como cumpliendo una apuesta. Pero en el fondo está satisfecho con su negociación, pues además de haber tenido casi una rápida aventura como Paspardu, encontró un motivo extra para regresar a su tierra, y no tuvo que sacrificar en el pacto la visita a ningún país. Piensa desquitarse después de cumplir la condición esencial y dura de regresar y adaptarse al sedentarismo. Así, de camino a Madrid, con escala en Los Ángeles, intercambia su guía de Turquía y sus consejos sobre cómo viajar por Europa, por una guía sobre Hong kong y Macao y datos claves para viajar por Australia, Nueva Zelanda, Fiji, Tahití y Namibia. Esas, por supuesto, ya serán crónicas de indiano retornado, pero tal vez también lleguen a merecer unas líneas.

XII. EL INDIANO QUE RETORNA.

DE LAS CONSECUENCIAS DE HACER CASO AL LLAMADO DE LA SELVA.

Nuestro indiano durante años pudo resistir las privaciones propias de su condición de estudiante tercermundista en Europa, gracias a sus románticas compensaciones lúdicas y expedicionarias. Fue inmovible ante las sanas y nada envidiosas críticas de sus luteranísimos amigos de la montañosa región donde nació, en cuyas cartas, casi todas membreteadas con el sello de algún poderoso grupo económico regional, se le recordaba frecuentemente la urgente necesidad de vincularse al proceso productivo de la próspera ciudad que lo vio crecer... y largarse un buen día.

Pero no es la fría valoración de su deber de ciudadano madrugador, laborioso y emprendedor la que genera en el indiano la decisión de reincorporarse al mundo de los despertadores, las cuentas vencidas y las rencillas laborales. Es gracias a su mente trastornada por aquel buceo persistente en las maravillas de la diversidad cultural y humana, que el indiano termina negociando con santos de muchas religiones y decide volver a su patria, no apaleado y en burda jaula como su admirado Quijano, sino más bien con el aire triunfal del guerrero que retorna de exitosas batallas en lejanos parajes.

Si el lector casualmente está imaginando el regreso de Ricardo Corazón de León, debo advertirle que quien escribe no puede alejar la imagen de Olafo el Amargado, para describir el gesto de ridícula suficiencia con el que abandona el indiano su silla en clase económica y desciende con el pecho henchido de orgullo por la rampa para tomar nuevamente posesión de su exuberante país.

El indiano retornado dista mucho de ese indiano en vacaciones del invierno europeo, que derrochaba en devaluada moneda los pocos ahorros que podía hacer en las fuertes economías europeas. Sus tarjetas de crédito ya se pagan en la misma moneda que se ganan, y todo no le parece tan barato cuando comienza a sumar facturas y a pagarlas con su salario. Pero lo que realmente le impacta no es el problema cambiario, sino el

descubrimiento obvio de que nadie es profeta en su tierra y de que quien intenta serlo obtiene los mismos resultados que cierto personaje hebreo.

Al principio, el cálido recibimiento, la admiración general y la plácida comprobación de "lo buena gente que son los compatriotas", le hacen dudar al indiano por un momento que haya sido una buena idea vivir en la árida Castilla con aquellos sincerotes descendientes de los íberos. Pero en menos de un par de años de padecer tras la simpática y sempiterna sonrisa de sus conterráneos el precio que hay que pagar para vivir entre buenos salvajes, no es de extrañar ver al indiano con las ventanas abiertas de par en par mirando en la lejanía y escuchando "Granada" a todo volumen, como cualquier anciano nostálgico del exilio español instalado en México.

Alguien podría decir que la mejor forma de describir un retornado es la de compararlo con un ciego esparciendo alegremente semillas en un campo infestado de sonrientes caimanes, pero para no hacer un relato amarillista de desgracias ajenas, es preferible un recuento expositivo de retornos tragicómicos, fielmente certificados.

Es por ejemplo bien sabido el caso de un profesor universitario venezolano que dejó a un pariente encargado de reclamar el cheque de su salario de sabático con la idea de comprar un apartamento a su regreso. Actualmente el retornado educador vive en una hermosa finca en las afueras de su ciudad, propiedad de sus suegros, y la ex mujer de su pariente y su nuevo esposo en un gran apartamento de una lujosa zona residencial.

Otro indiano retornado, esta vez de origen árabe, pero nacido en la costa atlántica colombiana, perdió durante su estancia en Europa esa habilidad de sus ancestros de por lo menos nunca ser completamente engañado en un negocio. Liquidó lo que quedó de la compañía que había fundado con sus alegres, animosos aunque nada trabajadores "amigos de toda la vida", y actualmente alquila carros en un balneario caribeño, robándole a cada turista un porcentaje fijo de gasolina, mediante lo cual piensa recuperar en unos diez años la inversión perdida.

Un retornado quiteño, quien logró triplicar en menos de dos años los ingresos de la empresa a la que se vinculó a su regreso, debió abandonar su

puesto de trabajo tras meses de persecuciones, gracias a un acoso sexual femenino imposible de probar. El día menos pensado, y siendo un poco tarde, el ecuatoriano retornado descubrió que en países donde tras la apariencia conservadora de algunas mujeres solteras de edad madura muchas veces no existe una opción de vida independiente, sino una frustración sexual prolongada, un viaje por el Medio Oriente durante la Guerra del Golfo es mucho más seguro que trabajar en ciertos ambientes laborales de las Indias Occidentales.

El politólogo por su parte, retorna muchas veces animado por la posibilidad de participar en la modernización de su país a través de un cargo público. Empieza a ejercer con denodado entusiasmo la infinidad de labores que siempre se le asignan a un ingenuo voluntarioso, y tres meses después descubre que ha donado su tiempo a la patria, pues el dichoso nombramiento o contrato, que se firmará "mañana", no encaja en el presupuesto. No falta igualmente el que deja su próspera oficina en el exilio, para dirigir la campaña de un camarada ídem, y termina dilapidando sus ahorros en el absurdo laberinto del clientelismo criollo.

Hasta el astuto abogado, que lidió con mañosos clientes acusados de estafa en su país natal, y en el autoexilio europeo con inescrutables orientales sindicados de tráfico de emigrantes, regresa a su tierra a ejercer su oficio, olvidando la sacrosanta regla de cobrar parte de los honorarios por adelantado. Los que se arriesgan a volver a los juzgados, descubren con fascinación las increíbles semejanzas entre una oficina judicial en Latinoamérica y algunos consulados de jóvenes países orientales en España, en los que se tarda hasta tres meses para obtener una visa de turista.

No existe profesional que se salve. Todos se dan cuenta de que la añorada indianilandia, en el terreno profesional, es el sitio donde los concursos públicos para profesores se anulan sin explicación, las traducciones prometidas se esfuman y los trabajos casi asegurados en prestigiosas emisoras se convierten en espejismo. El experto ambientalista siempre sale rebotante de las entrevistas, en las que "casi" quedó contratado, pero nunca lo vuelven a llamar.

Al ingeniero, que incluso ha hecho prácticas en el extranjero, se le utiliza para dirigir una sucesión de obras complejas, y se le dilata indefinidamente su ascenso a base de palmaditas en la espalda y públicos reconocimientos. Hasta el sacerdote que regresa a su país con un título de Doctor en algún campo de las ciencias humanas, y con la ilusión de trabajar en proyectos educativos en centros de su propia orden religiosa, es despachado con cajas destempladas por algún compañero de votos, con su poder ya afianzado y temeroso de pares sobradamente preparados.

En fin, sin tratarse de un pueblo perseguido, los retornados, que eran unos listos en sus países de autoexilio, son muchísimo más susceptibles de engaños y desengaños que sus sedentarios coterráneos. Aunque a todo el mundo le pasa, es muy común ver que los novios de las retornadas se casan con la amable vendedora del futuro nido conyugal, que los más académicos quedan enlistados en procesos judiciales por el delito de dar una conferencia ante un público inadecuado, y que algunos médicos deben trabajar gratis un par de años antes de homologar sus títulos.

En general, a casi todos les toca volver a perder la virginidad ante la vida en el mundo indiano, como si fuesen esos desapercibidos europeos que aceptan cambiar billetes de diez mil a urgidos desconocidos en la puerta de un hotel céntrico de Bogotá, Lima o Río de Janeiro, o esos ingenuos emigrantes laborales que caen en las redes de estafadores inmobiliarios, proxenetas y negreros contemporáneos.

Pero el indiano procesa estas experiencias como ningún nativo. Al no estar inmerso en el fatalismo parroquial de algunos locales, sencillamente concluye, sin entusiasmo ni dolor, que el hombre es un bípedo medianamente inteligente, destinado a moverse de la mejor manera posible en el sitio en el que en un momento determinado le correspondió vivir. Asume que la vida es una excitante baraja en la que se han vuelto a repartir las cartas una vez más cuando el ya tenía un full. La suerte es un factor, pero el jugador con más experiencia tiene amplias posibilidades de ganar, se dice, y acierta.

Las estadísticas de los estudiosos indianólogos parecen confirmar matemáticamente que en un 90% de los casos efectivamente el indiano

gana, y en el resto se vuelve más sabio aún que si hubiese ganado. Y eso se debe a que, a pesar de lo que pudiera creerse, el indiano no sale huyendo debido a las circunstancias negativas hacia la nuevamente idealizada Europa.

Gracias a su experiencia de indiano desterritorializado y haciendo una extrapolación de la teoría de la adaptación del argentino José Ingenieros a su concepción geográfica de la vida, el retornado relee *Las tribulaciones de un chino en China* de Verne y acepta las contrariedades como una etapa más de un viaje que comenzó el día en el que decidió abandonar por un tiempo su tierra natal. Viaje que indudablemente no termina con el retorno.

Por todo ello, cuando los sinsabores hacen sentir al indiano por momentos como extranjero en su propia tierra, decide que lo más adecuado es comportarse justamente como un recién llegado a un mundo extraño. Es decir, asume su papel de indiano retornado como el nuevo reto de su periplo a través del mundo, y sintiéndose otra vez emigrante se lanza de nuevo a la aventura de lo desconocido, pero esta vez en su propio país. Cierra así el círculo del conocimiento que debía adquirir cuando partió por primera vez de su tierra, pues comprende que la vida es un viaje con muchos comienzos difíciles pero con un recorrido fascinante que no debe perderse.

Como epílogo de esta historia que no puede ser escrita, pues aún no termina, digamos que el indiano, con el tiempo, se desdibuja como extraño entre sus conterráneos, salvo por unos pequeños gestos solo perceptibles por otros indianos viajeros. Es así como con la misma candidez y alegría con la que se comía temblorosamente una lata de atún en cualquier esquina de la glacial Copenhague, se puede ver al indiano degustando tortas de maíz en alguna pintoresca tienda de barrio, o jugando el tejo indígena al borde de una carretera del altiplano andino. Por su mente cruza fugazmente el recuerdo de las tortas que comió en la Capadocia, de un sabor tan parecido, pero sus pensamientos vagan más bien por las llanuras de ese Afganistán que nunca visitó o por ese Vietnam que le ha esperado por milenios para abrirse a sus ojos.

Es que el indiano, a pesar de las dosis de realismo que el retorno le supone, no deja de ser un incurable nostálgico. Pero su nostalgia más que añoranza de los sitios y las personas conocidas, es una casi patológica "saudade" de los lugares aún no visitados, los manjares no degustados y las aventuras no vividas. En una de ellas y no frente a un escritorio, el indiano confía sincera e íntimamente, "y el día este lejano", que expire su pasaporte vital al mundo de las maravillas y le sea expedida su visa sin retorno al último y más intrigante de los viajes.